CUADERNOS historia 16

Los Omeyas

J. Vallvé, M. J. Viguera, M. J. Rubiera y M. V. Villuendas



25

125 ptas



Celebración de una boda (miniatura de El Hariri, Biblioteca Nacional, París)

Indice

El esplendor omeya

MARCADOS desde un principio por sus posiciones heterodoxas con respecto a los postulados básicos mantenidos por los cuatro califas anteriores, los miembros de la dinastía Omeya se verían en todo momento marcados por un cierto rasgo de foraneidad en los lugares en los que llegaron a alcanzar el poder. Tanto en los centros básicos del Islam como en los que fueron objeto de su expansión, sobre todo en Al-Andalus, los omeyas se verían apoyados por grupos sociales no situados directamente en los ámbitos tradicionales del mando político.

Apoyados desde un principio por tribus y clanes de su lugar original de procedencia, Siria, los califas omeyas alcanzarían unas dimensiones de control territorial especialmente destacadas, desde el Indo, al este, hasta la Península Ibérica, al oeste. En la parte oriental, se encontraría el poderío omeya limitado por el Imperio Bizantino, mientras que en la occidental, lo sería por el reino de los francos. La irrupción de las facciones abbasíes acabaría con el poder omeya, y lo sustituiría en el poder estatal, siguiendo la permanente tónica cíclica que determinaría toda la evolución del islamismo en sus períodos de mayor esplendor.



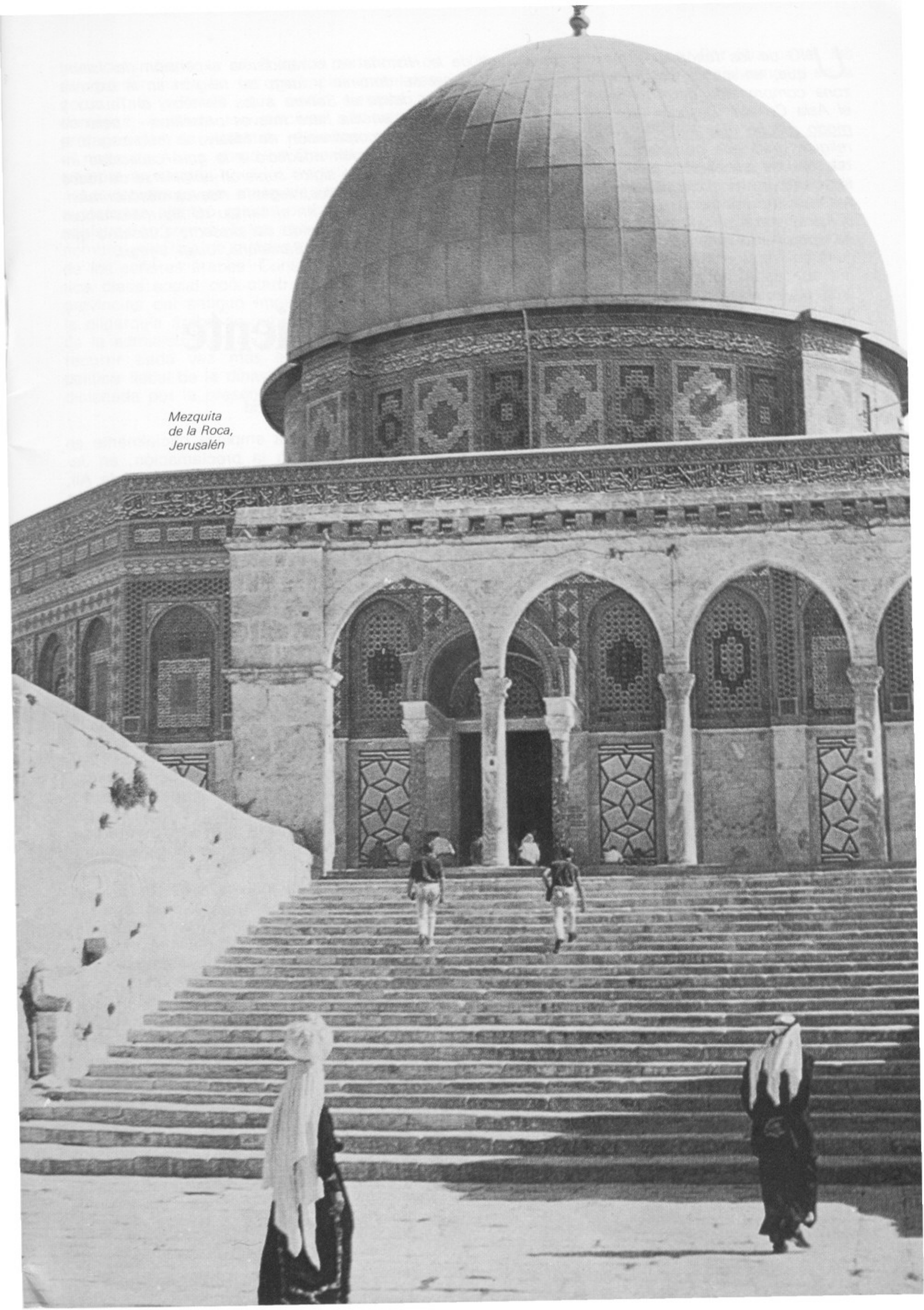
Alí, primo y yerno de Mahoma (pintura del Santuario de Qum, Irán)

La España musulmana se convertiría entonces, a través de la obra de los omeyas que habían sobrevivido al exterminio de su dinastía, en un califato independiente, y alcanzaría con ello uno de sus momentos culminantes en todos los ámbitos. Las vertientes cultural y religiosa habrían de servir para basar a partir de entonces un cierto espíritu de particularismo nacionalista, dentro de la relatividad que este concepto podía tener en estas circunstancias históricas. Lo cierto es que la España islamizada alcanzaría bajo la dinastía omeya altos grados de lo que ha sido denominado *esplendor de Al-Andalus*.

Gran parte de la configuración particular de la España musulmana vendría definido por la imposición sobre ella del poderío omeya; durante el cual habría de situarse en planos de significada superioridad con respecto a los reinos cristianos del norte. El reinado de Abderramán III primero, y la dictadura de Almanzor más tarde, no serían sin embargo capaces de estabilizar de forma perdurable esta forma de organización estatal. Tanto uno como otro, cada uno desde un ámbito de actuación diferente, pero complementarios entre sí, habían sido capaces de marcar en sus respectivos momentos una superioridad que ya nunca más poseería el Islam en España sobre sus antagonistas.

Debido a ello, resulta necesario establecer de forma clara el hecho de que la caída de la dinastía omeya de Al-Andalus no vendría determinada por la acción de aquéllos, sino por la propia dinámica antes citada del islamismo en expansión. La penetración almorávide sobre la Península, decidida a sustituir a un poder que ya manifestaba rasgos de descomposición y decadencia, constituiría el elemento que serviría para provocar el derrumbamiento de la dinastía califal hispana. Era, de hecho, uno más dentro del conjunto de los sucesivos relevos de poder que configuraron todo el desarrollo del hecho histórico que supuso la presencia musulmana sobre el mundo.

Dentro de toda esta evolución, que había de marcar de manera definitiva la historia de los países ribereños del Mar Mediterráneo, el período Omeya puede ser considerado con toda justicia como uno de los más plenos en todos los sentidos, tanto en el político como en el económico y, sobre todo, en el cultural.



Mezquita de la Roca, Jerusalén

UNO de los fenómenos más sorprendentes de la Historia es la rapidísima expansión del Islam, que, en menos de un siglo, consiguió imponer su dominio y luego su religión en la extensa zona comprendida desde el Indo hasta el Atlántico y desde el Sahara a los Pirineos, el Taurus y el Asia Central. Después continuó su avance —aún hoy en día hace nuevos prosélitos—, pero de modo mucho más lento: a su influjo cultural se debe la incorporación de Malaya e Indonesia a la religión predicada por Mahoma. Esta segunda fase de expansión obedeció a la gran capacidad intelectual de sus sabios, que en el breve transcurso de dos o tres siglos supieron apropiarse de todos los conocimientos científicos de la Antigüedad y, partiendo de ellos, llegar a nuevos descubrimientos que impresionaron favorablemente a los pueblos vecinos, tanto en el campo de las matemáticas y física, como en el de la astronomía y medicina. Este es el contenido del presente Cuaderno *que ha coordinado el catedrático de Arabe de la Universidad Central de Barcelona, Juan Vernet.*

Los Omeyas en Oriente

Por Joaquín Vallvé
Catedrático de Arabe. Universidad Complutense de Madrid



Calle de Damasco

LA dinastía omeya empieza oficialmente en el año 661 con la proclamación, en Jerusalén, de Muawiya, tras el asesinato de Ali, yerno de Mahoma, aunque de hecho aquél ya había sido reconocido como califa por sus partidarios tres años antes. Cae la dinastía con la derrota y muerte de Marwan II en Abusir de Egipto en el 750. Le sucede la dinastía abbasí.

Con los omeyas cambia por completo el rumbo político y religioso del Imperio islámico surgido de las primeras conquistas. En primer lugar, el califato se convierte en un régimen monárquico y hereditario, suprimiendo de hecho el órgano consultivo, que tanta importancia había tenido en la elección de los cuatro primeros califas. En segundo lugar, la capital del Estado se desplaza a Damasco, y con ello Arabia perderá toda su influencia política. Las ciudades santas del Islam, La Meca y Medina, seguirán siendo los centros de la peregrinación y residencias de algunas ilustres familias emparentadas con el Profeta, y que no durarán en declararse, a veces, en abierta rebeldía contra los omeyas.

Por otra parte, la influencia de los árabes establecidos en Siria será decisiva en los destinos del Imperio y se impondrá a la influencia de los árabes de Iraq. En realidad esta situación representa un claro enfrentamiento entre Siria, de honda tradición bizantina, y el Iraq, de tradición persa. Al mismo tiempo, las ancestrales rivalidades de las tribus árabes condicionarán decisivamente el nombramiento de algunos califas omeyas y muchas veces las luchas entre los árabes del norte y los árabes del sur se trasladarán a provincias tan lejanas como al-Andalus.

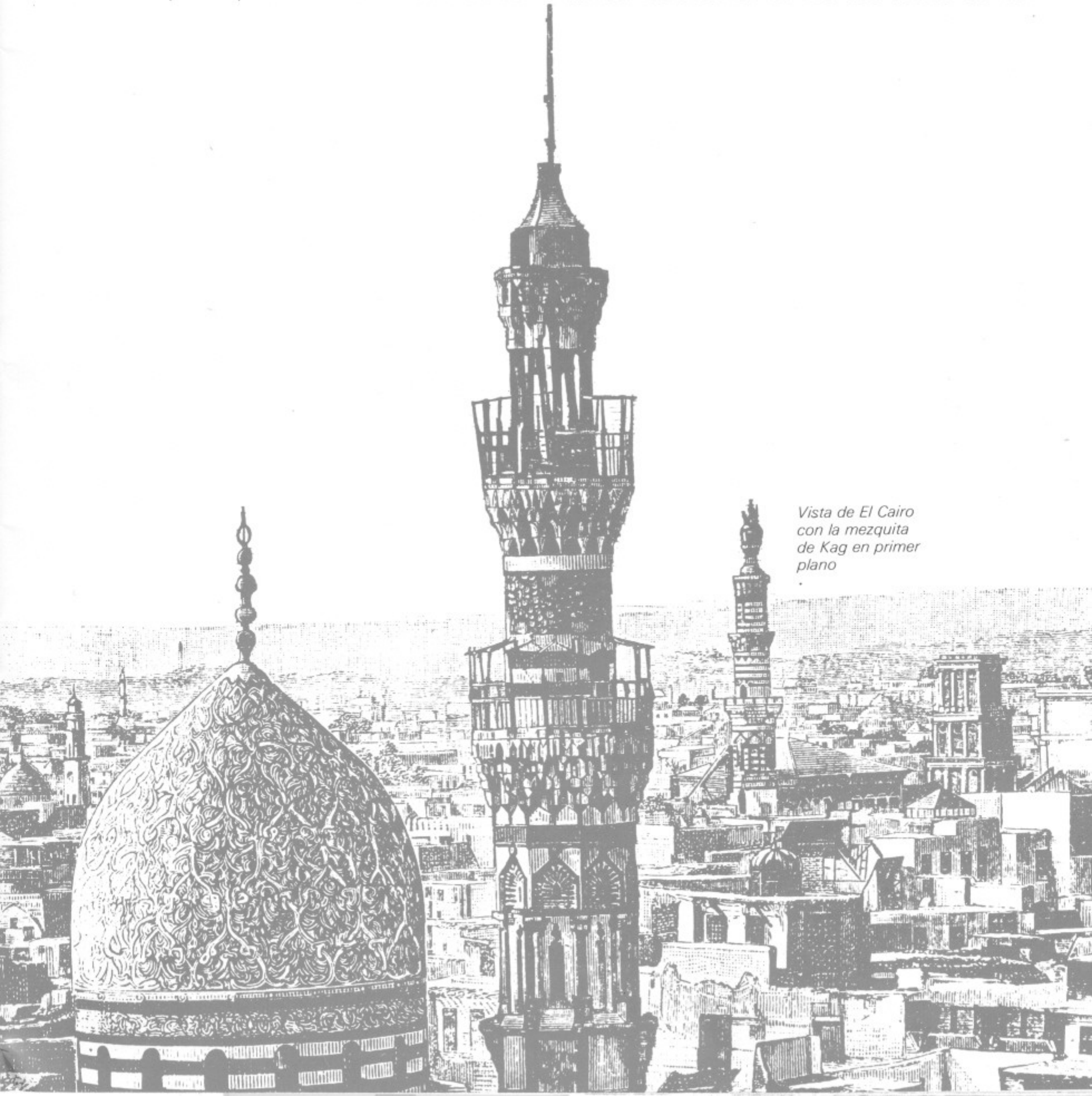
La unidad religiosa también se rompe definitivamente con la dinastía omeya por la consagración de tres tendencias cada vez más radicalizadas: la *sunní* u ortodoxa, patrocinada y orientada por los omeyas, se impone en Siria, Egipto y en las provincias más occiden-

tales del Imperio; la *sií,* o de los partidarios de Ali, predominaría en las provincias orientales, como Iraq y Persia, que serán siempre antiomeyas, y la de los *jarichíes* o disidentes, protagonistas de violentas revueltas, tanto en el norte de Africa como en Oriente, ahogadas siempre en sangre.

La conversión en masa de las poblaciones autóctonas planteó graves problemas a la administración omeya. Estos conversos reciben el nombre genérico de maulas o *mawali, clientes* de los señores árabes. Constituyen una auténtica clase social con claro predominio en las provincias del antiguo Imperio persa. Incapaz la oligarquía árabe de cubrir todos los puestos de la administración civil y religiosa, tiene que recurrir cada vez más a estos *mawali.* La política fiscal de la dinastía omeya estará condicionada por la presencia abrumadora de estas poblaciones conversas. Por otra parte, los *mawali* persas participarán decisivamente en la caída de la dinastía.

Las guerras de expansión

Los ejércitos árabes asentados en las antiguas provincias bizantinas de Siria, Palestina y Egipto heredaron la organización y régimen militar del ejército bizantino. El territorio se dividió en circunscripciones militares o *coras,* y en las zonas fronterizas se asentaron también poblaciones guerreras no islamizadas que estaban exentas del pago de impuestos, lo mismo que los soldados musulmanes. Se practicó el antiguo régimen de la *hospitalitas,* regulado por los emperadores Arcadio y Honorio en el 398. Los sirios establecidos en la Península Ibérica recibirán en el 743 dos tercios de los



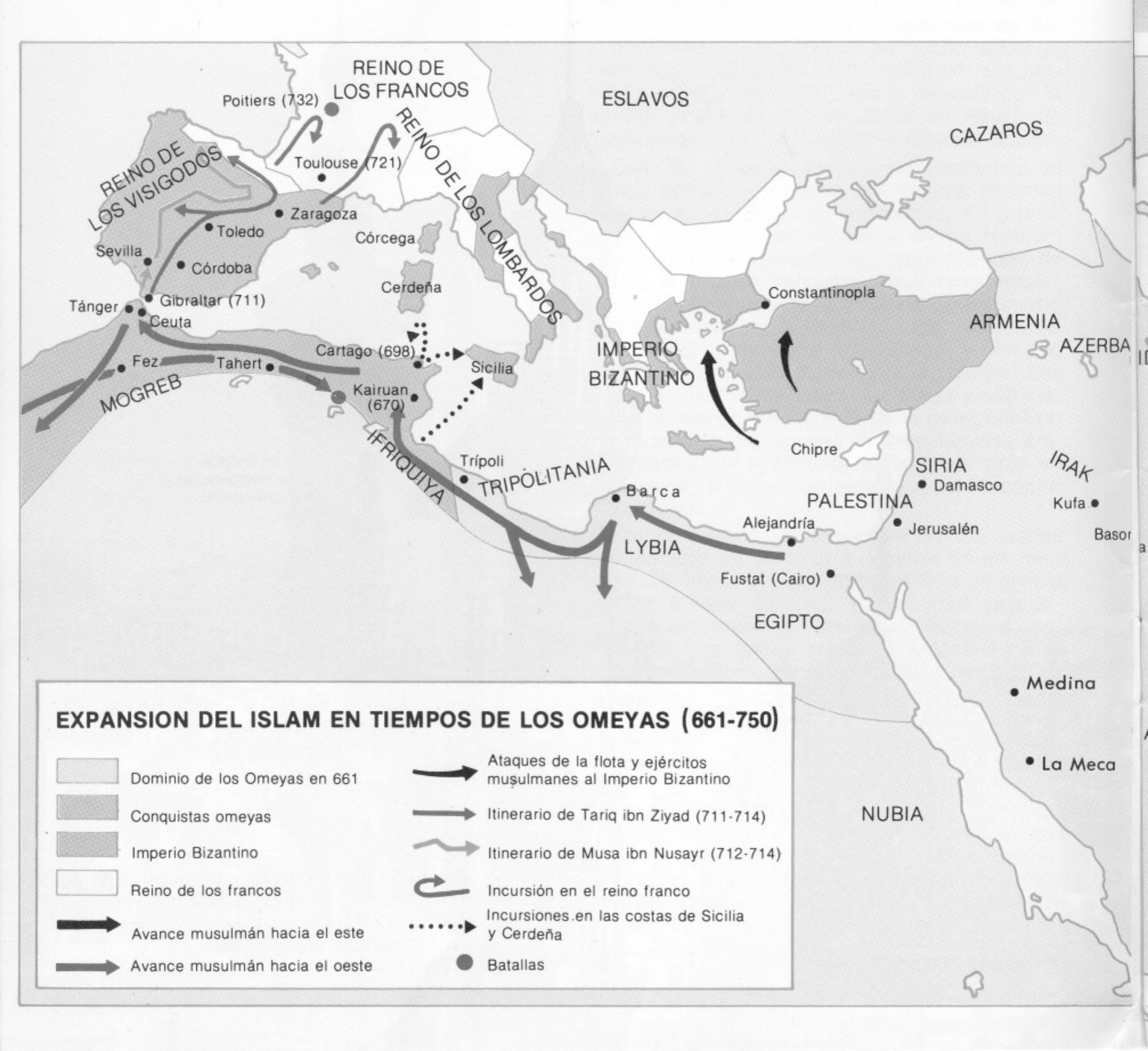
Vista de El Cairo con la mezquita de Kag en primer plano

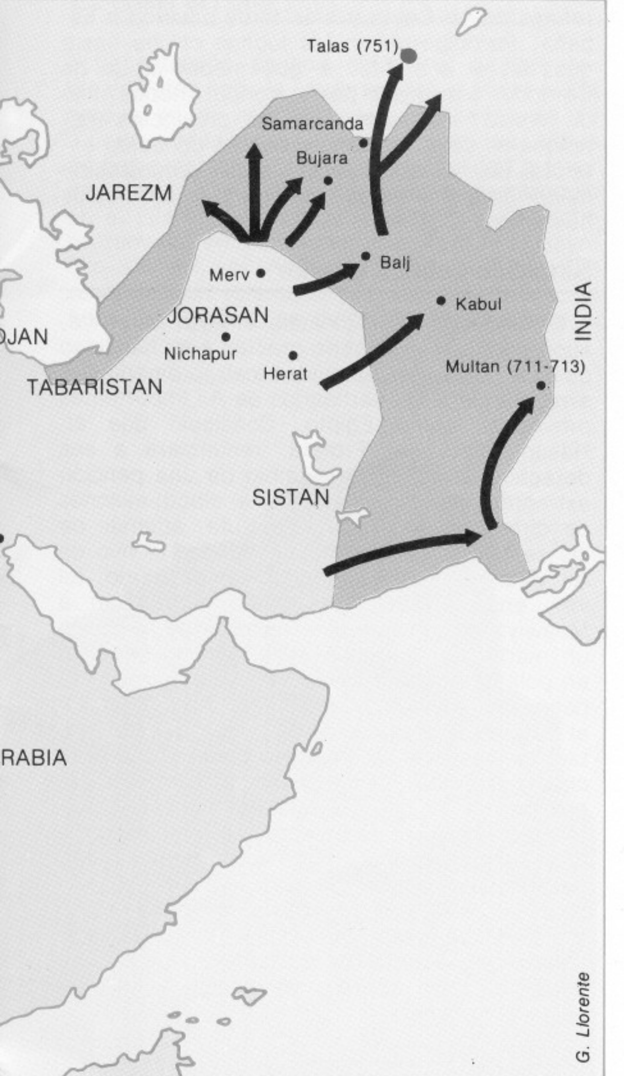
bienes de los habitantes del país, tanto en tierras como en bienes muebles a cambio del servicio militar. Al participar en una expedición, estos militares de oficio recibirán además una doble soldada, al igual que ocurría en el ejército romano o bizantino: una en metálico y otra en especie. Las oficinas del registro militar (*diwan al-chays*) se encargaban de registrar el número de militares acreedores a estas soldadas y la cuantía de las mismas. La aportación puramente islámica se reduce al reparto del botín. Será mucho después, en la época abbasí, cuando los juristas musulmanes tratarán de fijar y establecer unas normas de derecho que regulen las soldadas de los combatientes y las relaciones del Islam con los pueblos sometidos, y muchas veces, como es obvio, no se cumplen, porque la vida real, práctica, va por otros derroteros.

La política exterior de la dinastía omeya se orientará fundamentalmente a la cuenca mediterránea, y su principal afán, aunque esporádico, será debilitar el Imperio bizantino. Para ello se desarrolla e incrementa la flota y los barcos omeyas surcarán las aguas del Mediterráneo facilitando la ocupación de todo el norte de Africa y de España, al mismo tiempo que peligrosas incursiones asolarán Sicilia, Cerdeña y otras islas. A pesar del enfrentamiento del califato omeya con Bizancio, los largos períodos de tregua contribuyeron a un entendimiento mutuo e incluso a una fructífera colaboración entre las dos potencias en los campos de la ciencia, de la industria y del arte.

Choque con Bizancio

Con la dinastía omeya termina prácticamente la expansión árabe. Esta se dirige esencialmente hacia el este y el oeste. Por el norte choca con la resistencia bizantina. Ya el fundador de la dinastía, Muawiya, organizó varios





Caída de Siracusa, Sicilia, en poder de los árabes (de Crónica bizantina, *de Skylitzés, siglo XIV, Biblioteca Nacional, Madrid)*

ataques, por mar y por tierra, contra Constantinopla. La primera expedición, dirigida por el príncipe heredero al-Yazid, tuvo lugar en el año 669, y aunque los árabes consiguieron poner sitio a la capital bizantina, pronto tuvieron que levantarlo. La segunda expedición se llevó a cabo durante los años 673 a 677, pero finalmente los musulmanes fueron diezmados y buena parte de sus barcos destruidos cuando los bizantinos emplearon por primera vez el llamado fuego griego. Por tierra, los ejércitos omeyas no pudieron atravesar, salvo en contadas ocasiones, la barrera natural de los montes Tauro y Anti-Tauro. Una serie de fortificaciones jalonaban toda la frontera y ésta no varió sustancialmente a lo largo de toda la dinastía omeya. Uno de los factores que determinaron el fracaso de los omeyas en sus intentos de penetración en Anatolia o Asia Menor fue la actividad de los cristianos *mardaítas*, asentados en territorio sirio, pero aliados de los bizantinos. Muawiya se vio obligado a pagar un fuerte tributo anual al emperador bizantino Constante II (642-668), para que no ayudase a estos rebeldes cristianos e incluso consintió en pagar a éstos mismos un elevado impuesto para comprar una tregua.

Con el califa Abd al-Malik (685-705) se reanuda la guerra con Bizancio, al rehusar el emperador de Constantinopla la nueva moneda de oro acuñada por el califa de Damasco. Con la ayuda de los cristianos *mardaítas*, los bizantinos reconquistaron Antioquía. Poco después, y a causa de la grave situación interna, Ab al-Malik se vio obligado a solicitar una tegua mediante el pago de unas elevadas parias.

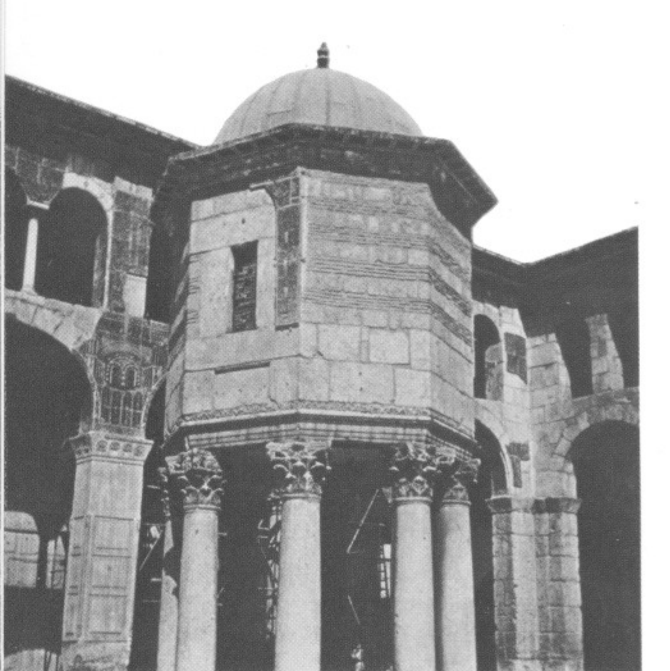
La ofensiva musulmana del año 717 contra Bizancio tampoco dio resultado y la victoria naval bizantina aseguró durante casi un siglo el predominio cristiano sobre el Mediterráneo oriental.

Por el Oriente, los ejércitos musulmanes, al mando de Qutayba y Muhammad ibn Qasim, conquistaron a principios del siglo VIII Bojara, Samarcanda, Kabul y toda la cuenca inferior del Indo.

Por tierras de Occidente

Por Occidente, la expansión árabe chocó con la tenaz resistencia beréber. En la lucha de Uqba, fundador de al-Qayrawan, y de otros jefes árabes contra Kusayla y la famosa Kahina o maga, héroes de la resistencia beréber, la Historia y la leyenda se mezclan continuamente. Fue, sin duda, Musa ibn Nusayr, con la conquista definitiva de Cartago, hacia el 698, el que dio un impulso decisivo y glorioso a la expansión islámica por tierras de Occidente. Desde Cartago, la escuadra musulmana cruza sin cesar el Mediterráneo occidental depredando las costas de Sicilia, Cerdeña, Baleares y la misma Península Ibérica. Contando con la colaboración del conde don Julián, príncipe visigodo y gobernador de Cádiz, las tropas árabes y beréberes, al mando de Tariq, desembarcaron en el verano del 711 en la bahía de Algeciras, y en un encuentro decisivo perdió la vida don Rodrigo, el último rey godo. En los años siguientes, los ejércitos árabes atraviesan los Pirineos y ocupan importantes ciudades de la cuenca del Ródano, a pesar del revés de Poitiers (732). Cuando cae la dinastía, todavía los musulmanes conservan la ciudad de Narbona, en el sur de Francia.

Edículo del patio de la mezquita de Damasco



Hacia el año 740, los árabes no han consolidado aún en el norte de Africa el poder islámico y tienen que hacer frente a la insumisión constante de los autóctonos hasta que, finalmente, estalla la revuelta general, que determina la práctica expulsión de los árabes de todo el Magrib, desde Libia hasta el Atlántico. Los cronistas justifican esta rebelión por la política financiera de los emires que conculcaron las normas de los impuestos y diezmos legales y quisieron fijar y repartir el quinto de todos los bienes y personas de los beréberes, pretendiendo que constituían el botín de los conquistadores musulmanes. Para sofocar esta sublevación general, el califa de Damasco Hisam (724-743) envió un ejército con sus mejores tropas de Siria, Palestina y Egipto, al mando de Kultum. En un encuentro decisivo que tal vez tuvo lugar a orillas del río Sebú, en la región de Fez, el general sirio fue derrotado y muerto.

Los supervivientes, unos diez mil sirios, se refugiaron en Ceuta y más tarde pasaron a España. Participaron en las luchas civiles hasta que, en el año 743, el gobernador árabe de Córdoba, asesorado por el conde Artobás, hijo de Witiza, los asentó en las provincias meridionales de la Península con el conocido estatuto de la *hospitalitas*. Esta organización militar de los sirios se mantendrá en al-Andalus hasta finales del siglo X.

Situación política interior

El fundador de la dinastía omeya, Muawiya, supo pacificar el Imperio gracias a su habilidad política. Con una tenacidad extraordinaria fue arrebatando a los partidarios de Ali importantes provincias como Egipto. Consiguió que al-Hasan, nieto del Profeta, renunciara a sus derechos al califato a cambio de una pensión extraordinaria que ascendía a cinco millones de dirhemes del Tesoro de Kufa, además de las rentas de un distrito de Persia. El hijo de Ali vivió retirado en Medina, donde murió, tal vez envenenado. Los *siíes* acusarían a Muawiya de su muerte e hicieron de al-Hasan un mártir. Su hermano al-Husayn no intervino en política hasta la muerte de Muawiya ni tampoco otro aspirante al califato, Abd Allah ibn al-Zubayr, sobrino de Aisa, viuda del Profeta. Las fuentes árabes subrayan como virtud principal del primer califa omeya el *hilm*, o tacto político en el que no falta la astucia, la diplomacia, el don de palabra y el empleo de la fuerza sólo cuando sea absolutamente necesaria. Se cuenta que dijo una vez: *No empleo mi espada donde basta mi látigo, ni mi látigo donde basta mi lengua; y si estuviese unido a mi pueblo por un cabello, no lo rompería; si ellos estiran, yo aflojo, y si ellos aflojan, yo estiro.*

Contó con la colaboración de prestigiosos gobernadores que contribuyeron eficazmente a la pacificación del Imperio, como Amr ibn al-As, gobernador de Egipto; al-Mugira, gobernador de Kufa, y, sobre todo, su hermano adoptivo Ziyad ibn Abi-hi, gobernador de Basora. Hijo de padre desconocido, lo reconoció el califa como hermano legítimo y Ziyad ibn Abi-hi, a partir de entonces, mostraría una absoluta lealtad al califa y gobernaría el Iraq con mano firme sin permitir ninguna veleidad de los *siíes*. También contó Muawiya con el apoyo y colaboración de ilustres familias cristianas que habían ocupado cargos importantes en la administración bizantina y que siguieron disfrutando de la misma situación con los omeyas. Entre estos cristianos destacan San Juan Damasceno, el poeta al-Ajtal, que mostraba ostensiblemente una cruz colgada al cuello, y Maysun, la favorita del califa y madre del príncipe heredero y sucesor, Yazid.

La crisis del 680

La situación política del Islam cambia radicalmente con la muerte del primer califa omeya en el año 680. Un año antes de su muerte, Muawiya consiguió que las tribus árabes prestasen juramento de fidelidad a favor de su hijo Yazid. De esta manera se introdujo en el Islam el principio hereditario y de hecho se convirtió en una Monarquía. Pero ni Husayn, hijo de Alí, ni Abd Allah ibn al-Zubayr le reconocieron. Llamado por sus partidarios, el nieto del Profeta, se dirige desde La Meca al Iraq. En un encuentro con las tropas leales del gobernador de Kufa fue derrotado y muerto en Karbala y su cabeza enviada al califa de Damasco. La tragedia de Karbala tuvo, y sigue teniendo, una gran trascendencia en el Islam. Más grave aún fue la revuelta de Abd Allah ibn al-Zubayr en La Meca. Los ejércitos omeyas no vacilaron en sitiar la ciudad santa del Islam. Durante el asedio, un incendio destruyó el santuario de la Kaba, siendo éste un motivo más que alentó el movimiento antiomeya.

Ruinas de la mezquita de Bibi-Janyn, en Samarcanda



La muerte de Yazid I, en el año 683, y de su hijo Muawiya II, cuarenta días después, provocó una grave crisis dinástica y política que alcanzó incluso a Siria, donde parte de las tribus árabes (los qaysíes) reconocieron a Ibn al-Zubayr y lucharon contra los kalbíes, partidarios de los omeyas. En la batalla decisiva de March Rahit (684), cerca de Damasco, se decidió la continuidad de la dinastía en favor del califa Marwan.

Su hijo Abd al-Malik (685-705) fue, sin duda, el mejor administrador y político de la dinastía omeya. Tuvo que hacer frente a la rebelión de Ibn al-Zubayr, que había extendido su influencia por toda Arabia y parte del Iraq y, sobre todo, a la revuelta *jarichí*, dirigida por al-Mujtar en nombre de Muhammad ibn al-Hanafiyya, hijo de Ali, pero no de Fátima. Por su acentuado mesianismo y su igualitarismo social, el movimiento *jarichí* de al-Mujtar se atrajo a las masas de *mawalis* y puso en jaque a los ejércitos de al-Zubayr y del califa de Damasco. Finalmente, este movimiento revolucionario, cuyo lema era la eficacia y la venganza, fue aplastado por el gobernador zubayrí de Basora en el año 687.

Fue entonces cuando el califa Abd al-Malik se decidió a acabar con los zubayríes. Para ello contó con el enérgico general al-Hayyay, quien en poco tiempo pacificó toda la península arábiga. Poco después fue encargado del Gobierno del Iraq, donde llevó a cabo una serie de reformas políticas y consiguió también dominar cualquier intento de rebeldía haciéndose famoso por sus métodos dictatoriales.

Fin de la dinastía

Con la muerte del califa Hisam (724-743), se inicia la última crisis que terminaría siete años más tarde con la dinastía. Sus tres sucesores, disolutos y degenerados, rompieron el difícil equilibrio que existía entre las distintas tribus árabes y la anarquía se extendió por doquier. Precariamente el gobernador de Armenia, el sexagenario Marwan, sobrino del califa Abd al-Malik, se hizo con el poder proclamándose califa en Damasco en el año 744, pero ya era demasiado tarde. Un vasto movimiento de rebeldía se extiende por todas las provincias orientales del Imperio islámico acogiendo a todos los grupos antiomeyas: los *siíes*, los

jarichíes, los *mawali*. Aprovechando el descontento general, surgen los abbasíes, descendientes de al-Abbas, tío del Profeta. Pretendían restaurar la ortodoxia primitiva y aniquilar a los malditos omeyas. El 9 de junio del 747, Abu Muslim, tal vez un *mawla*, levanta la bandera negra, estandarte de los abbasíes, contra los omeyas en la lejana Marw del Jurasán. Después de una serie de sensacionales victorias, los abbasíes ocupan Kufa, donde Abul-l-Abbas se hizo proclamar califa. Vencido y hostigado Marwan II, se vio obligado a refugiarse en Egipto, donde pereció asesinado.

Con él termina la dinastía omeya y se inicia la persecución y muerte de los miembros de la familia real. Un príncipe consigue huir a al-Andalus y allí conseguiría restaurar la dinastía: se trata de Abd al-Rahman I.

La Administración

Los omeyas, como antes el califa Umar, respetaron el sistema fiscal heredado de los persas y bizantinos. Un impuesto doble —en metálico y en especie— aplicado a la propiedad territorial seguirá vigente en las provincias musulmanas que habían pertenecido al Imperio romano. Las tierras seguían clasificadas en categorías diferentes, pero la unidad fiscal seguía recibiendo el nombre de yugada. Los comerciantes del Imperio omeya pagaban un impuesto en oro o plata según sus transacciones comerciales, como ocurría en el Imperio bizantino. Para evitar la emigración de los campesinos, cada comunidad agrícola fue considerada como una unidad fiscal, obligada al pago de una cantidad determinada; si entre los miembros de esa comunidad o municipio había deudores ausentes, la carga fiscal recaía sobre los demás. En definitiva, esta legislación fiscal de la época bizantina se mantiene en la famosa ordenanza del califa omeya Umar II (717-720):

El impuesto o chizya *es de tres clases: el propietario de la tierra debe pagar con lo que produce la tierra; el artesano, con sus beneficios o ganancias, y el mercader que trafica con dinero, que pague con éste. Y la norma respecto a todos estos sea una y la misma.*

Solamente los musulmanes estaban sujetos a los diezmos legales de honda raigambre musulmana, pero los sometidos, cristianos, judíos y zoroastras, estaban obligados a pagar un impuesto personal o capitación, variable según el pacto firmado con los conquistadores.

Al aumentar el número de conversos, surgió la idea de no pagar impuestos por sus propiedades territoriales, pero los califas omeyas, y después los abbasíes, no aceptaron esta interpretación, pues consideraron las tierras conquistadas como propiedades de toda la comunidad musulmana y administradas por el Estado. Por tanto, el propietario, aunque fuese musulmán, tenía que pagar el impuesto correspondiente.

Abd al-Malik llevó a cabo una serie de reformas administrativas, en un proceso claro de arabización e islamización de los servicios del Estado: ordenó traducir al árabe la documentación esencial, sobre todo la fiscal, y utilizar la lengua árabe en lo sucesivo. Entre otras reformas destacan la monopolización de la industria textil de lujo (*tiraz*) y del papiro, sin olvidar la trascendental reforma del sistema monetario.

Enfrentamiento entre árabes y bizantinos (de Crónica bizantina, *de Skylitzés, siglo XIV, Biblioteca Nacional, Madrid)*



Los musulmanes invaden España en el 711 (miniatura de las Cantigas de Alfonso X, *siglo XIII, Biblioteca de El Escorial)*

La independencia de Al-Andalus

Por María J. Viguera
Profesora de Arabe. Universidad de Zaragoza

LA caída en Oriente de los omeyas (1), califas del Imperio islámico entre el 661 y el 750, repercutió de lleno en la Península Ibérica, la provincia extrema al noroeste, incorporada a aquel dominio desde el 711 con el nombre de al-Andalus y gobernada por *emires* subordinados al poder central. Un omeya, Abd al-Rahman, escapó a la persecución de la nueva dinastía, la de los Abbasíes (750-1258), y se independizó en al-Andalus del restante ámbito musulmán.

Abd al-Rahman I (756-788), *Hisam I* (788-796), y *al-Hakam I* (796-822) son los tres primeros emires omeyas del al-Andalus que forman el ciclo iniciador de la nueva entidad política allí creada por su dinastía. Con ellos —tres generaciones—, el Estado capitalizado

en Córdoba se funda y se consolida para continuar dos siglos más.

La dinastía omeya (2) no se implantó en al-Andalus por invasión armada o revolución interna; fue establecida por el genio de Abd al-Rahman *el Inmigrado*, que desembarcó en Almuñecar, mediado agosto del 755, tras asegurarse la acogida de los clientes familiares en la Península y de negociar el apoyo de yemeníes y beréberes, en contra del establecido gobierno qaysí. Así aprovechó las rivalidades tribales existentes; pero instalado como emir en Córdoba (15 mayo 756), se mostró conciliador, pretendiendo aglutinar los muy diversos elementos étnicos, sociales, religiosos y culturales de al-Andalus, que, con su tendencia permanente a la discordia, constituyeron el más grave reto a la pervivencia de la España musulmana y a las directrices autocráticas y centralistas de los omeyas.

Ocupado el poder, Abd al-Rahman I se tituló sólo emir, respetando la unidad de califato en el Islam, aunque cortó políticamente con los abbasíes, que intentaron al principio recuperar al-Andalus. Muy rápida debió de ser, sin embargo, la consolidación del Omeya, porque en seguida hizo frente con éxito a graves sublevaciones. No sabemos exactamente cómo lo logró, por más que las fuentes destacan su reorganización del ejército con mercenarios extranjeros, llegando a contar con cuarenta mil hombres. Este fue un recurso constante de sus sucesores, mal soportado por las gentes de al-Andalus, pues repercutía en sus tributos. También procuró la coordinación administrativa del territorio, afianzando lo iniciado antes que ya llevaba el cuño omeya.



Bote de Almoguira, hijo de Abd al-Rahman (siglo X, Museo del Louvre)

Hisam I, sucesor de su padre, Abd al-Rahman, reforzó esas dos líneas de cohesión, la militar y la administrativa, adoptando la escuela jurídica malikí, que se hará exclusiva y cuya fuerza será a la vez apoyo eficaz de la dinastía y pauta moral suya. Estos soberanos procuraron además proyectar alguna cualidad seductora que los cronistas cortesanos hacen axiomática (magnificencia, valor, piedad, cultura... o energía implacable), y que fue importante para su aura política.

Las primeras noticias sobre rebeliones contra Abd al-Rahman indican cuáles eran los elementos con fuerza suficiente para oponerse al Estado: por un lado, los qaysíes, desplazados del poder; su reacción acaba con la muerte del anterior gobernador de al-Andalus en el 759, pero rebrota en Toledo (762-4 y 785), para ser una de sus últimas reivindicaciones como *árabes septentrionales*. Sus antagonistas, los yemeníes, se alzaron también por considerar mal pagados sus apoyos al emir; aplastados junto al Bembézar (774), uno de ellos, Sulayman al-Arabi, todavía mantuvo su causa por la Marca Superior, provocando la campaña de Carlomagno hasta Zaragoza (778), y una intervención de Abd al-Rahman (781).

En la generación siguiente ya se nota, promovida por Córdoba, la intervención de personajes autóctonos, conversos al Islam y en él integrados como *muladíes*, clientes a veces de los omeyas, que los utilizan contra la subversión árabe y beréber, y que, también fortalecidos, protagonizarán su propia lucha contra el poder central hacia los tiempos de al-Hakam I y durante todo el siglo IX. Por de pronto, hacia el 800, los muladíes Banu Qasi se alzan en el valle del Ebro y otros muladíes lo hacen en Toledo, siendo duramente reprimidos por al-Hakam y su colaborador, el también muladí Amrus. La subversión beréber fue continua, con los hitos de la región conquense (768-777), Ronda (794) y Mérida (805-813). Además, se registran conflictos en la propia familia omeya, sobre todo los originados por dos hijos de Abd al-Rahman I que pretendieron sucederle y suceder luego a su hermano Hisam I, y que buscaron apoyo en las Marcas, agravando el cuadro de esas zonas. Contra al-Hakam I se produjo también el primer motín ciudadano, en el arrabal cordobés de la *orilla izquierda* (805, 806 y 818), que implacablemente reprimió el emir, secundado por el mozárabe Rabi.

La conflictividad interna marcó las relaciones con el exterior. Favoreció primero la insubordinación de las zonas septentrionales sometidas sólo por tributo al Islam, y luego propició su expansión. Abd al-Rahman I halló configurada la resistencia cantábrica, vascona y pirenaica; contra las tres se envían, durante

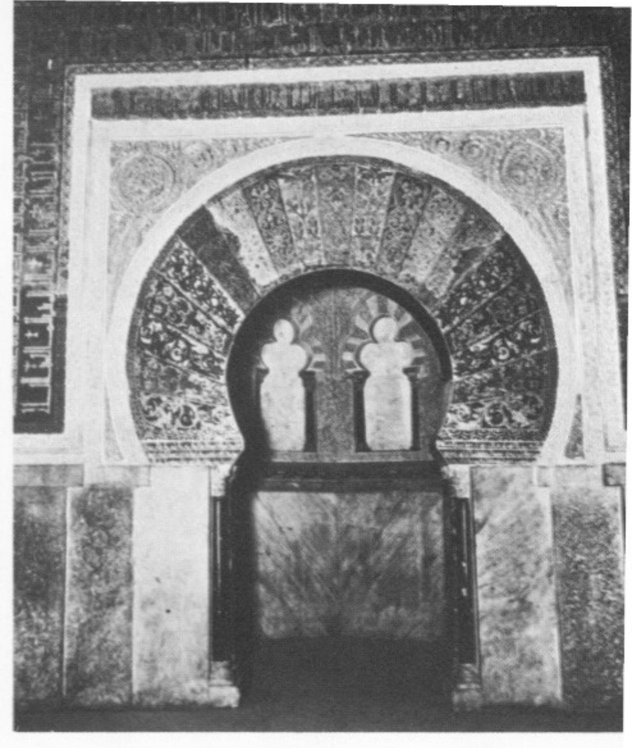
este período, campañas de castigo, conforme lo permitía la estabilidad interior. El oponente más agresivo fueron entonces los francos, contra los que sólo una aceifa importante alcanzaba Narbona (793); pero al-Andalus perdió Gerona (785) y Barcelona (801); constituida la Marca Hispánica, los carolingios reforzaron los núcleos peninsulares y amenazaron las zonas de ocupación musulmana, desde Zaragoza a Tortosa. Pamplona se había independizado en el 799 y el reino asturiano logró Santiago de Compostela en el 800. Frente al expansionismo territorial cristiano no existe contrapartida del Estado cordobés, que no logra alterar su condición de frontera en retroceso progresivo.

Remodelación y crisis

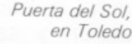
Superadas las agitaciones por la energía de al-Hakam, el emirato de su hijo y sucesor Abd al-Rahman II abre una prudente distensión lograda por el emir, que antes, hacia el 820, había sabido conciliarse a los muladíes Banu Qasi, a Pamplona y a algún condado pirenaico. La paz general, con la progresiva apertura de al-Andalus al resto del mundo musulmán y la prosperidad que debió concurrir, posibilitaron una cierta modernización de las estructuras administrativas.

Cuando parecía enderezada la coordinación, sólo inquietada por un conflicto de *árabes septentrionales* contra los *del sur* en Murcia (823-830) y por un estallido beréber en Mérida (828-834), los mozárabes, sobre todo en Córdoba, entran en crisis de identidad, rompen su estatuto de *protección* y buscan el martirio voluntario (850-862).

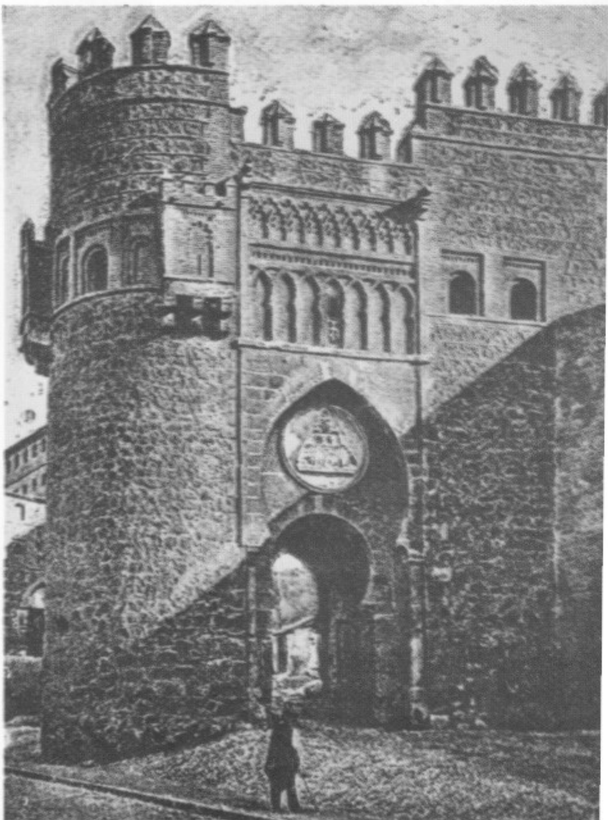
Más grave es la insurrección muladí, cuya amplitud y persistencia revelan la doble fuerza de estos musulmanes nuevos: por una parte, la fuerza local; por otra, la lograda por sus primeros servicios de lealtad a los omeyas frente a las sublevaciones de árabes y beréberes, alzándose ahora, en muchos casos, donde los otros lo hicieran. Los síntomas empiezan durante el emirato de al-Hakam I, para agravarse durante todo el siglo IX, cuando suena la hora de los muladíes, sobre todo en las Marcas, donde el poder central más transige con ellos por ser más eficaces, frente al exterior, en aquellas fronteras cuyas capitales coinciden con las antiguas grandes urbes visigodas de Mérida, Zaragoza y Toledo; en ésta se alza al-Darrab, que muere en el 831, y los toledanos resisten seis años más. Con el emirato de Muhammad I vuelve la sedición allí; entre treguas y alzamientos, la ciudad escapa al control omeya en tiempos de Abd Allah. En la Marca Superior, encabezados por Musa, *el tercer rey de España,* los muladíes Banu Qasi desafían a Córdoba entre el 842 y el 862; luego la zona queda prácticamente a su albedrío (872-884), hasta que empieza el declive de aquella familia, consumado cuarenta años



Frente del mihrab *de la mezquita de Córdoba realizado en la época de al-Hakam II (siglo X)*



Puerta del Sol, en Toledo



después. En Mérida se alza Abd al-Rahman *el Gallego,* en el 868, con intermitentes sumisiones hasta que Muhammad I le concede el gobierno de sus dominios con amplia autonomía, heredada por sus descendientes. Y hay otros muladíes tenaces contra el poder central: los Tawil, en Huesca, o los Daysam, en Murcia-Lorca, y en castillos de Andalucía los Saliya, Mastana, Habil, Sakir, Hudayl... y, sobre todo, Umar ibn Hafsun, desde el 879, por los montes de Málaga. Al-Mundir llegó con fama guerrera al emirato y de él pudo esperarse alguna reacción, pero murió al cabo de dos años ante Bobastro, y su hermano y sucesor, Abd Allah, transigió con Ibn Hafsun, haciéndole gobernador de Málaga, lo que no impidió sus nuevas rebeldías y las de sus hijos, que llegarán hasta el califato.

La reacción antimuladí no tardó en producirse; árabes y beréberes habían quedado en muchos sitios relegados por aquella avalancha, y empezaron a hacer valer su fuerza, alentada ahora en general por los emires omeyas: así, en el valle del Ebro, Muhammad I procuró la ascensión de los árabes Tuchibíes contra los muladíes dominantes. En Toledo hubo una reacción beréber y los Zennún llegaron a dominar aquella ciudad un tiempo. Enfrentando a los *musulmanes antiguos* con los *nuevos,* el emir Abd Allah consiguió salvar una agudísima crisis. Es representativo, entre otros, el caso de Sevilla, donde los linajes muladíes de los Angelino y Sabarico fueron enfrentados y vencidos por los árabes Banu Hayyay y Banu Jaldun; a continuación, los primeros se impusieron y se alzaron independientes. Entre la anarquía general termina esta segunda época.

Los buenos tiempos del emir Abd al-Rahman II permitieron iniciar una serie de relaciones con algunos señoríos norteafricanos, para hacer frente también a la pujanza de los aglabíes en Túnez (800-909), que eran proabbasíes. Esos señoríos reconocieron un cierto vasallaje a los omeyas de Córdoba y enviaron personajes a la Corte y al ejército andaluz; con similares fines de contrapeso político hubo relaciones con Bizancio, configurándose ya un juego diplomático que la época califal desarrollará al máximo.

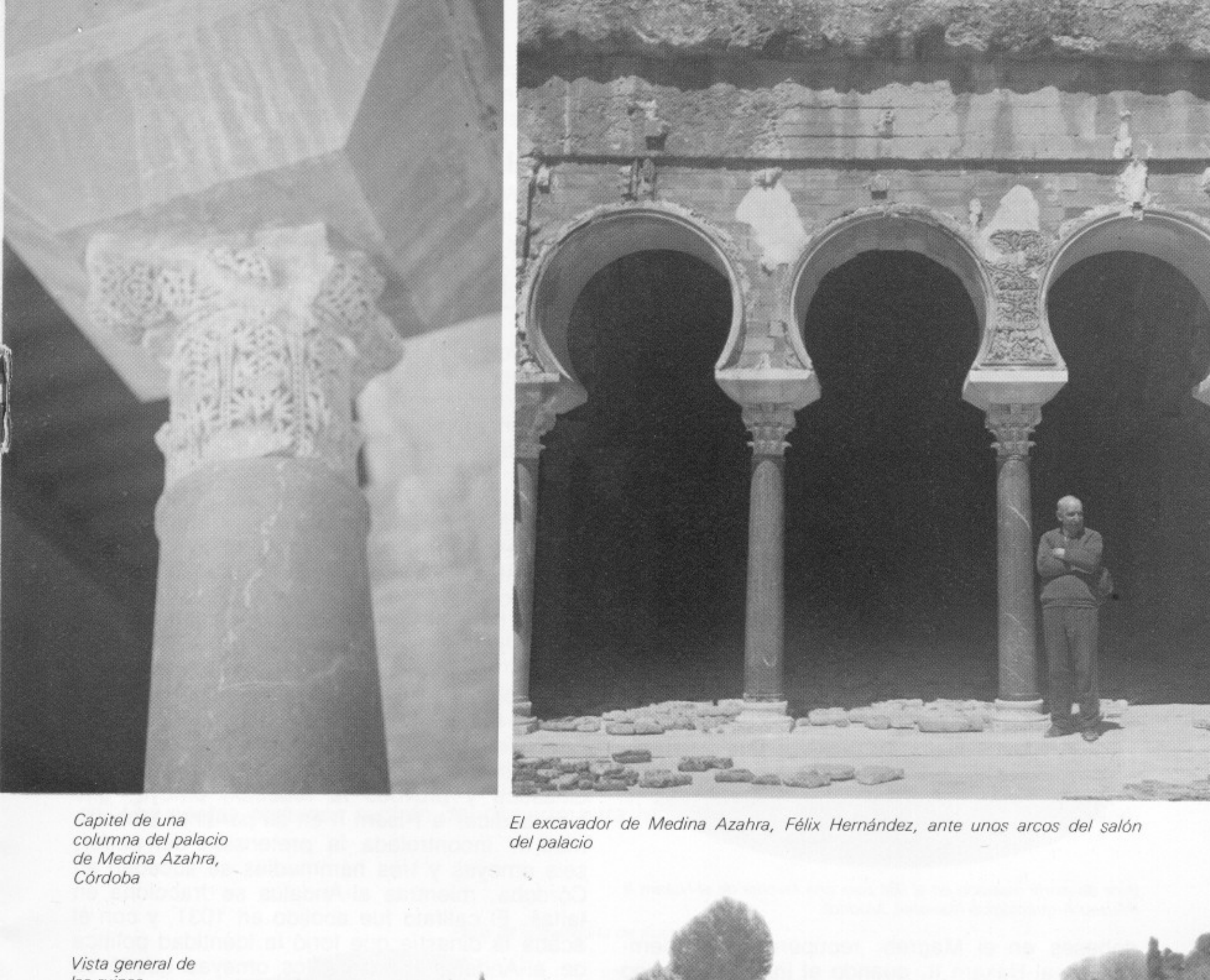
Respecto a los reinos cristianos de la Península, sigue al-Andalus con sus campañas de castigo, que la paz interna durante buena parte del emirato de Abd al-Rahman II permitió llevar con frecuencia contra Galicia, Asturias y Castilla la Vieja, sin evitarse las conquistas de Tuy, León y Astorga, en el 854. Una decena de aceifas, entre el 855 y el 883, no contuvo el avance del reino asturleonés hasta Oporto (868), Burgos (884), Zamora (893), Osma (912). La *reconquista* por el nordeste es mucho más lenta, entre otras cosas porque el enclave pamplonés está aliado con los Banu Qasi, aunque por ello recibe ataques cordobeses; sólo al final de este período, con una nueva dinastía, Pamplona se integra en el *bloque cristiano* decididamente, y ensancha sus dominios a costa de los Banu Qasi sobre todo. En la buena época de Abd al-Rahman II fueron sitiadas Barcelona y Gerona (828); diez años después se algareó hasta Narbona; Córdoba procuró apoyar ciertas rebeldías interiores de la Marca Hispánica. Pero en los días críticos de Abd Allah no hubo ya aceifas oficiales y los enclaves fronterizos cuidaron a su aire la hostilidad externa.

La culminación del califato

En su tercer período omeya, al-Andalus culmina sus realizaciones políticas. Las dotes de Abd al-Rahman III, clarividentemente elegido sucesor por su abuelo Abd Allah, sacaron a al-Andalus del marasmo interior y revitalizaron la máquina militar y la administrativa.

Primero fue imponerse a la anarquía. Antes de acabar el año de su proclamación, 912, el nuevo emir redujo a los Zennún de la Marca Media; luego concentró sus actos en Andalucía: sometió Jaén, Elvira y Sevilla (913); después Valencia, Murcia, Niebla, Mérida (916), Bobastro (928), siguiendo por Beja, Ocsonoba, Játiva, Sagunto (929), Badajoz (930) y Toledo (932). Su control alcanzó luego a las grandes familias *feudatarias,* en teoría obedientes al poder central, obligándoles a cumplir sus servicios económicos y militares; la reacción contra esto en toda la cuenca del Ebro produjo un grave levantamiento (933-937) y alguna traición que surgió en la batalla de Simancas (939). Pero se les impuso Abd al-Rahman, logrando un mejor engranaje de las Marcas en el Estado y de las poderosas familias *hispanoárabes* y beréberes en la Corte cordobesa, donde se las ve figurar, satisfactoriamente también, en la época de al-Hakam II, hijo y sucesor de Abd al-Rahman III y plenamente identificado con su actuación.

Esa coordinación del funcionamiento político de al-Andalus permitió asumir un papel exterior activo, entre los otros dos polos de poder musulmán que son los abbasíes de Bagdad y los fatimíes de Túnez; frente a estos últimos, que desde el 909 adoptaron el título califal, los omeyas de al-Andalus lo usan también desde el 929, rodeándose de un protocolo ostentoso y un sentido de la dignidad soberana. Pero, sobre todo, despliegan sus influencias relacionándose con Bizancio y Alemania, buscando algún enclave en el continente europeo —como pudo ser *Fraxinetum*— y creando en el norte de Africa una línea de territorios vasallos y otros de ocupación (Melilla, en el 926; Ceuta, en el 931; Tánger, en el 952; Tremecén, en el 956). Los fatimíes no descuidan su ofensiva (ataque a Almería, en el 955), a pesar del poder marítimo omeya impulsado por Abd al-Rahman III, y desde el 958 provocan un retroceso de los controles cor-



Capitel de una columna del palacio de Medina Azahra, Córdoba

El excavador de Medina Azahra, Félix Hernández, ante unos arcos del salón del palacio

Vista general de las ruinas de Medina Azahra



Bote de marfil realizado en el 964 para una favorita de al-Hakam II (Museo Arqueológico Nacional, Madrid)

dobeses en el Magreb, recuperando en tiempos de al-Hakam II, cuando el interés enemigo se centró en Egipto; pero la lucha por la supremacía dura todo el siglo X.

Al asumir Abd al-Rahman III el poder, procura en seguida poner coto a los avances cristianos, primero a los asturleoneses, que acaban de llegar al Duero. Hay inmediatas reacciones a los ataques de Ordoño II por Evora (913), yéndose contra León (916) y San Esteban de Gormaz (917). La alianza León-Pamplona es conjurada en Mitonia (919) y Muez (920); nuevas ofensivas aliadas se castigan con la aceifa de Pamplona (924), tras la que Abd al-Rahman III retiró de la frontera a los Banu Qasi, incapaces de enfrentarse a la nueva hostilidad introducida por Sancho Garcés I. La ofensiva de Ramiro II culmina en la grave derrota de Simancas (939); tras ella, el califa no vuelve a ponerse en cabeza de sus tropas y el rey leonés, acrecido, tarda dos años en convenir tratos, mientras Córdoba despliega gran actividad diplomática que logra paces con Barcelona. La reacción califal se impone y la capital de la Marca Media se lleva a Medinaceli (946) con mayor radio estratégico, iniciándose al doblar el siglo cierta superioridad militar cordobesa, que tampoco logra conquistas territoriales y que debe articularse con los conflictos internos de las Cortes cristianas, que permiten al califato de al-Hakam II ejercer una hegemonía pacífica, con beneficios económicos y territoriales procedentes de embajadas cristianas por ayudas o no beligerancias.

Fin de los Omeyas

Sucedió a al-Hakam II su único hijo, con sólo diez años. En las luchas por la regencia venció un cortesano, Muhammad ibn Abi Amir, que se tituló principescamente *Almanzor*, y desde el 981 acaparó todo el poder efectivo, mientras el califa, anulado, quedó relegado a figurón decorativo. Esta lesión de la autoridad omeya buscó compensarla Almanzor con una especial eficacia que le llevó a dirigir en persona una cincuentena de campañas contra los reinos cristianos, exacerbando sus relaciones; grave resultó también que introdujera en el ejército y en la administración elementos ya no integrables de nuevos beréberes y eslavos, sólo sometidos a él y a sus sucesores, sus hijos Abd al-Malik y Sanchuelo; éste logró que el califa le nombrara heredero y así quebró el legitimismo, colmó la ruptura de la autoridad dinástica y provocó la reacción omeya, que hizo abdicar a Hisam II en su pariente Muhammad II. Incontrolada la pretensión del poder, seis omeyas y tres hammudíes se suceden en Córdoba, mientras al-Andalus se fracciona en taifas. El califato fue abolido en 1031, y con él acaba la dinastía que forjó la identidad política de al-Andalus; pero de los omeyas quedó su imagen, por encima de todo unificadora, que querrá revivir, siglos después —según Mármol Carvajal—, un caudillo morisco que adoptó su nombre: Aben Humeya.

NOTAS

(1) En «Consideraciones sobre el califato omeya de Oriente», *Al-Andalus*, 39 (1974) 407-30, G. Gabrieli hizo un balance general del tema, al que puede añadirse el análisis sobre el final omeya de T. Nagel, *Untersuchungen zur Entstehung der Abbasidischen Kalifates,* Bonn, Orientalische Seminars der Universität, 1972.

(2) El bloque principal de noticias sobre los omeyas de al-Andalus quedó fijado con certeza desde P. de Gayangos, en su traducción y notas a al-Maqqari, *The History of the Mohammedan Dynasties in Spain,* 2 t., Nueva York-Londres, 1840-43 (reimpr. Nueva York, 1964), contrastándose errores anteriores. R. Dozy y E. Lévi-Provençal establecieron la elaboración vigente: el primero en *Histoire des musulmans d'Espagne, 711-1110,* Leiden, 1861 (varias traducciones castellanas), revisada por el segundo en 1932, que publicó su propia obra, El Cairo, 1944 y 2.ª ed., Leiden-París, 1950-3, que con trad. e introd. de E. García Gómez, forma el tomo IV, *España musulmana* (*711-1031 de J. C.*), de la *Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal, Madrid, Espasa Calpe, 1950 (3.ª ed., 1967). Sobre ello ha habido diversos avances en las fuentes, con las novedades o mejoras textuales en Ibn Hayyan, al-Udri, Ibn Bassam, Ibn al-Kardabus, Ibn al-Askar e Ibn al-Sabbat.

Arte y literatura

Por M.ª Jesús Rubiera Mata
Profesora de Literatura Arábiga. Universidad Complutense de Madrid

LOS omeyas de Oriente (661-751), a pesar de haber trasladado la capital del Islam desde la Península Arábiga a Damasco, conservaron sus raíces culturales arábigo-beduinas, incluso como talante vital, ya que se quejaban, al menos como tópico literario, de padecer Ayma, es decir, sed de leche de camella. Esta actitud casi romántica respecto a la vida nómada de los árabes preislámicos determinó que los omeyas construyeran palacios en las zonas limítrofes con el desierto de dominio sirio-palestino, aunque estas residencias no fuesen ya precisamente las tiendas de piel de camello de los árabes esquenitas, sino edificios cuya arquitectura era deudora del arte bizantino, con mosaicos, baños helenísticos y oasis-jardines, hechos a imitación de los persas y romanos, como el palacio de Qusayr Amra, en el desierto de Jordania, recientemente reconstruido.

Además de árabes, los califas omeyas se sentían jefes de la comunidad y fueron fieles a esta misión, aunque sus enemigos dijesen lo contrario, promoviendo la construcción de grandes y ricas mezquitas, tanto en la Península Arábiga como en la zona sirio-palestina. Así, la mezquita de Damasco, o en Jerusalén, la cúpula de la Roca y la mezquita de al-Aqsá, construidas, lo mismo que los palacios, según los modelos del arte bizantino, aunque con nuevas técnicas surgidas para solucionar los problemas específicos que planteaba el culto musulmán y que creaban un nuevo tipo de arte: el propiamente árabe. Pero si los omeyas no poseían una tradición artística y hubieron de adaptar las formas arquitectónicas de otras culturas, no era lo mismo en el terreno literario, ya que la cultura árabe-beduina había desarrollado una poesía muy perfeccionada, cuya forma era la casida, largo poema de rima monótona y musicalidad solemne, que había servido al árabe preislámico para expresar sus vivencias de hombre del desierto.

La poesía omeya seguirá el viejo modelo, aunque éste comience a ser anacrónico para expresar las nuevas y múltiples experiencias del árabe-musulmán, conquistador de todo un mundo. Los poetas beduinos saldrán del desierto para recitar sus casidas a los califas omeyas, ape-

Patio de la mezquita de Kairuán, Túnez





Escena de baño en las pinturas murales de Qusayr Amra, Jordania

nas actualizadas para servir a la política de sus señores, con sus diatribas contra los enemigos de la dinastía, como los *síes*, secta que nunca admitió la legitimidad omeya. Entre estos poetas beduinos-cortesanos, destacó un famoso trío: al-Ajtal, Charir y Farazdaq, cantores de los omeyas y enemigos entre ellos. También en la Corte omeya va a surgir una prosa literaria en manos de los escribas, que obligados a dar flexibilidad a la lengua árabe al utilizarla en los documentos oficiales, crearon un estilo e incluso formas literarias inéditas en la cultura de los árabes.

Por otro lado, la expansión militar del Islam de la época tuvo también consecuencias literarias, al nacer la historia con el relato de las primeras conquistas islámicas, y desarrollarse la oratoria con los vigorosos sermones-arenga de algunos conspicuos personajes del Imperio. Y en la Península Arábiga, mientras se desarrollan profunda y profusamente los estudios religiosos, una sociedad opulenta gracias a las riquezas conseguidas por la conquista, crea nuevas formas poéticas, liberadas en parte de la solemne pesadez de la casida, gracias a la contribución de la música persa, y cuyo tema es el amor desde una doble perspectiva; como una pasión idealizada que nunca logra su objeto, al amor *Udrí*, y como un alegre pasatiempo frívolo, el amor libertino, protagonizado por galanes ricos y ociosos que osaban cortejar a las damas a los mismos pies de la Piedra Santa de La Meca. Los lánguidos y castos poetas udríes se convertirán en la literatura posterior en amantes arquetípicos del amor *cortés*, y la poesía bagdadí llevará el tema erótico hasta sus últimas consecuencias.

En Andalucía

En el año 750, Marwan II, último califa omeya, es derrotado por Abu al-Abbas al-Saffah, que supo aglutinar bajo su mando a todos los enemigos de los omeyas y fundará una nueva dinastía: los abbasíes, cuya capital será Bagdad. La familia omeya fue masacrada por el nuevo califa, y sólo un joven príncipe, Abd al-Rahman, logra escapar y llegar a la Península Ibérica, al-Andalus, el más occidental de los dominios musulmanes. Allí su estirpe reinará hasta el primer cuarto del siglo XI (756-1031).

En tan largo transcurso de tiempo, los omeyas de Occidente tendrán unas coordenadas culturales distintas de las de sus antepasados orientales; en primer lugar, por el distinto substrato étnico cultural de su reino, y en segundo lugar, por la propia evolución de la civilización árabe, que abandona sus aires beduinos cuando su centro político y cultural se traslada a la mesopotámica Bagdad.

Pero cuando Abd al-Rahman I se instala en Córdoba, sigue el modelo de sus antepasados

Laberinto de columnas de la mezquita de Córdoba

sirios: intenta paliar su nostalgia por su patria, construyendo una almunia o finca de recreo en la campiña cordobesa como las que levantaron sus abuelos en las riberas del desierto, e incluso importa plantas exóticas que, como la palmera, a la que dedicó un famoso poema, le recordasen su lejana Siria. Y también, como habían hecho sus antepasados en Oriente, construye una gran mezquita en Córdoba, que si sigue el modelo sirio, contiene técnicas y materiales autóctonos, configurándose así el comienzo del arte hispano-árabe.

La llegada de Abd al-Rahman sirve además de revulsivo a la población de la Península, como si se tomase entonces, y no antes, conciencia de la presencia árabe a nivel religioso y cultural, como si hasta entonces las relaciones sólo hubiesen sido de tipo militar, incluso desde el punto de vista de los propios árabes, que parecen haber vivido exclusivamente como una guarnición en tierra invadida, con los ojos puestos en la lejana metrópoli a donde hay que volver. Al arraigarse los omeyas en al-Andalus, comienza una rápida arabización e islamización, debida en parte a que los súbditos de los omeyas, a pesar de la enemistad de sus señores con los abbasíes, podían ir libremente de peregrinación a los Santos Lugares del Islam, bebían de las mismas fuentes de la civilización islámica y, al regresar, enseñaban a sus compatriotas las ciencias y letras orientales. Tal vez fue el caso

Mosaicos de la cúpula frente al mihrab *de la mezquita de Córdoba*



del granadino Ibn Habib, nacido a finales del siglo VIII y primer historiador de al-Andalus y docto en ciencias musulmanas.

Otra corriente cultural la establecían los orientales llegados a al-Andalus por muy diversas razones, desde el comercio a la aventura, pasando por el espionaje: maestros, músicos, poetas, misioneros, llegaron a al-Andalus y tuvieron al corriente a los andalusíes sobre las últimas modas literarias y artísticas de Bagdad, que vivía su siglo de oro. Y así, ya en la primera mitad del siglo IX, suenan los nombres de los primeros literatos andalusíes como el poeta al-Gazal, donjuán de su época y embajador de Córdoba en Bizancio, o Abbas ibn Firnas, personaje curioso, astrólogo e inventor, además de poeta, que protagonizó un vuelo frustrado, vestido de pájaro.

La *bagdadización* de Córdoba se acentuó en el reinado de Abd al-Rahman II (822-852), fenómeno simbolizado en la persona del músico y cantor iraquí Ziryab, que, como árbitro de la elegancia, dictó la moda oriental a los cordobeses, que se vistieron, cantaron, comieron y se peinaron como los bagdadíes. Al-Andalus vivió un primer esplendor cultural y político que se reflejó también en el arte: el emir Abd al-Rahman amplió la mezquita de Córdoba construida por el primer omeya de al-Andalus ya con materiales hechos ex profeso, y añadió nuevos recintos a su alcázar cordobés.

En la segunda mitad del siglo IX, por contraste, la dinastía omeya sufre una grave crisis política: las diversas etnias de al-Andalus parecen tomar conciencia de su propia identidad y se rebelan. Los mozárabes, los muladíes, los propios árabes de origen, los beréberes, se alzan en armas y llegan a dejar reducido el poder de los emires al alfoz de Córdoba. La crisis tiene también sus consecuencias culturales como la literatura latina de los mozárabes o los poemas de algunos de los rebeldes.

Madurez cultural

Tras este paréntesis, las etnias de al-Andalus se van a fundir en una unidad política y cultural bajo el califato, aportando cada una de ellas parte de su personalidad, en un mosaico abigarrado que constituirá la civilización andalusí, de características propias dentro del mundo islámico. El fruto de esta fusión literariamente será la moaxaja, forma poética original de al-Andalus, muy alejada de la casida clásica en métrica y rima, formada por una serie de estrofas, la última de las cuales es una cancioncilla romance, invento genial de un poeta cordobés de finales del siglo IX y que llegará a tener un éxito extraordinario.

Esta madurez de la cultura andalusí coincide con el reinado de Abd al-Rahman III (912-961), que logra pacificar al-Andalus y se proclama califa como sus antepasados orientales, rompiendo el último vínculo político con Bagdad, aunque continúa la corriente cultural con Oriente. Así, el poeta oficial del califa, Ibn Abd Rabbihi, compone un libro misceláneo, titulado *El collar único,* en el que recoge toda la tradición literaria de Oriente como si hubiese escrito el libro a orillas del Tigris y no junto al Guadalquivir.

El califato representa también la cumbre del arte hispano-árabe, tanto desde el punto de vista de la arquitectura como del de las artes menores como la cerámica o la eboraria. Abd al-Rahman III es un soberano constructor: hizo levantar un nuevo alminar para la mezquita de Córdoba, amplió de nuevo el alcázar, haciendo traer a sus ajardinados patios las aguas de la sierra, y construyó la ciudad de Madinat al-Zahra, cuyas descripciones literarias parecerían producto de la más desbordante fantasía, si no fuera porque han sido confirmadas por la arqueología: pavimentos, columnas y capiteles de maravillosos mármoles abigarrados, fuentes de oro, albercas de mercurio, juegos de agua, jardines arrayanados y hasta tejas de oro.

Literatura

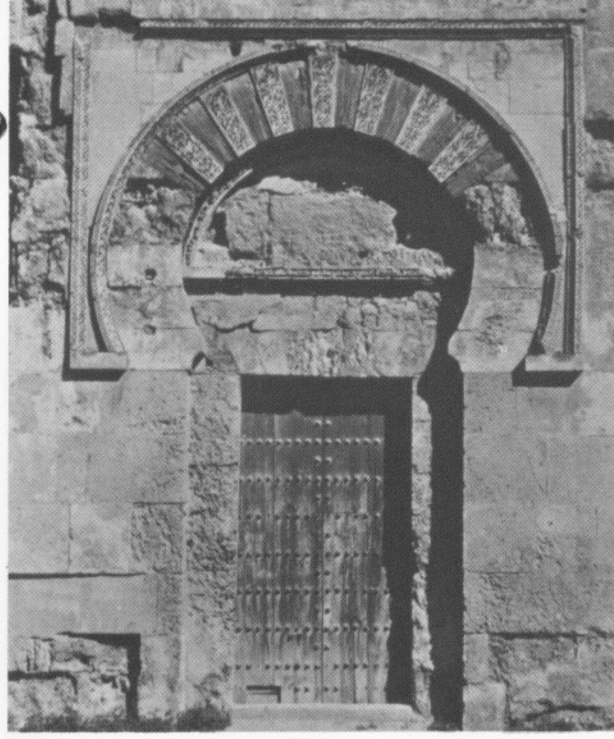
El califato produce una literatura áulica, encargada de cantar las glorias de los omeyas andalusíes: los historiadores se dedican a relatar la grandeza de al-Andalus desde su ya lejana conquista musulmana, como al-Razi (el moro Rasis) o Ibn al-Qutiyya (el hijo de la goda), o a recoger las biografías de sus hombres ilustres, como al-Jusaní, autor de una *Historia de los jueces de Córdoba.* Los poetas se convierten a su vez en funcionarios áulicos, encargados de glosar con sus panegíricos los hechos del califa, y esta poesía cortesana llega a tener tan alta calidad que puede exportarse: un disidente, Ibn Hani, huye a la Corte de los fatimíes, enemigos de los omeyas, para cantar la gloria de este Imperio africano y *sií.* Por otro lado, los orientales continuaban llegando a al-Andalus como el filólogo Abu Ali al-Qali, cuyas enseñanzas admiraron a los cordobeses hasta el punto de que Abd al-Rahman le nombró preceptor de su hijo y heredero al-Hakam.

Cuando éste llega a califa, tras el largo reinado de su padre, es un hombre maduro que ha ocupado muchas horas de su vida en la lectura, reuniendo una inmensa biblioteca. Los literatos, historiadores y poetas siguen pululando por los pasillos del palacio, bajo la protección del califato, aunque haya algún disidente como al-Ramadí (el Ceniciento), cuyos mordaces versos le llevaron a la cárcel. Al-Hakam II emprende la construcción de la parte





Cirvo de Medina Azahra (Museo Arqueológico Nacional, Madrid)



Puerta de San Esteban de la mezquita de Córdoba

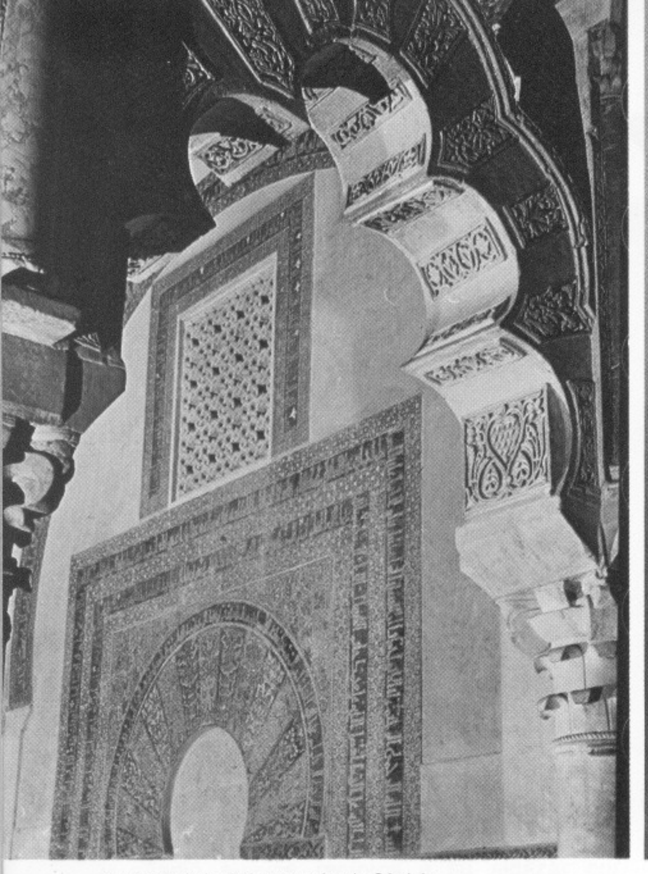
más noble de la mezquita de Córdoba: la *maqsura,* con sus bóvedas nervadas y sus arcos lobulados, y el *mihrab,* para el que hizo traer un magnífico mosaico de Constantinopla.

Dictadura de Almanzor

A la muerte de al-Hakam II, un ambicioso cortesano, Ibn Abi Amir, que pasará a la Historia con el nombre de Almanzor, detenta el poder califal, aprovechando la minoría de edad de Hisam II, al que rodea de lujos y placeres en la dorada prisión de su palacio hasta convertirle en un inútil. La dictadura de Almanzor no representa una solución de continuidad de la floreciente cultura omeya, a pesar de algún gesto aislado, cara a la galería, como la quema de algunos libros sospechosos de impiedad de la biblioteca del difunto al-Hakam II. El dictador intenta emular en todos los aspectos a los omeyas y por ello amplía de nuevo, con cierta vulgaridad, la mezquita de Córdoba, y se construye una ciudad-palacio propia, Madinat-al-Zahira, para empalidecer el brillo de la de Abd al-Rahman III. Y al regresar de sus campañas contra los cristianos, se rodea en su Corte de los más brillantes literatos del reino que llegaban a esta posición privilegiada después de sufrir una especie de examen en la que los literatos consagrados juzgaban a los aspirantes.

Uno de estos contertulios *por oposición* fue Said de Bagdad, capaz de improvisar un poema floral o componer una novelita de amor en un momento, para agradar a Almanzor, y que tal vez por su condición de oriental fue acusado de falsario, pues los andalusíes comenzaban a superar su complejo de inferioridad provinciano, y ya no aceptaban sin más que lo oriental fuese sinónimo de calidad. Así no tuvo problemas el andalusí Ibn al-Darrach al-Qastallí, que tras el correspondiente examen se convirtió en el cantor oficial de Almanzor y de sus campañas triunfantes con extraordinarios poemas, aunque dentro del manierismo que había marcado como modelo el mayor poeta de los árabes: al-Mutanabbí.

La dictadura de Almanzor se prolonga, política y culturalmente, tras su muerte (1002), con su hijo y hechura, al-Muzaffar. Los poetas de su padre continuaron en su Corte, así como algunos nombres nuevos como Muhammad ibn Ubada, autor de inspiradas moaxajas. Pero tras el asesinato de al-Muzaffar por su hermano (1008), los males soterrados que ha creado la dictadura afloran violentamente a la superficie. El segundo vástago y sucesor de Almanzor, que pretende suceder en el califato a Hisam II, es asesinado y el infeliz califa, derrocado. Se inicia entonces la *fitna,* la guerra civil, en un período de enorme confusión en el que son proclamados varios califas omeyas, hombres de paja de las facciones en

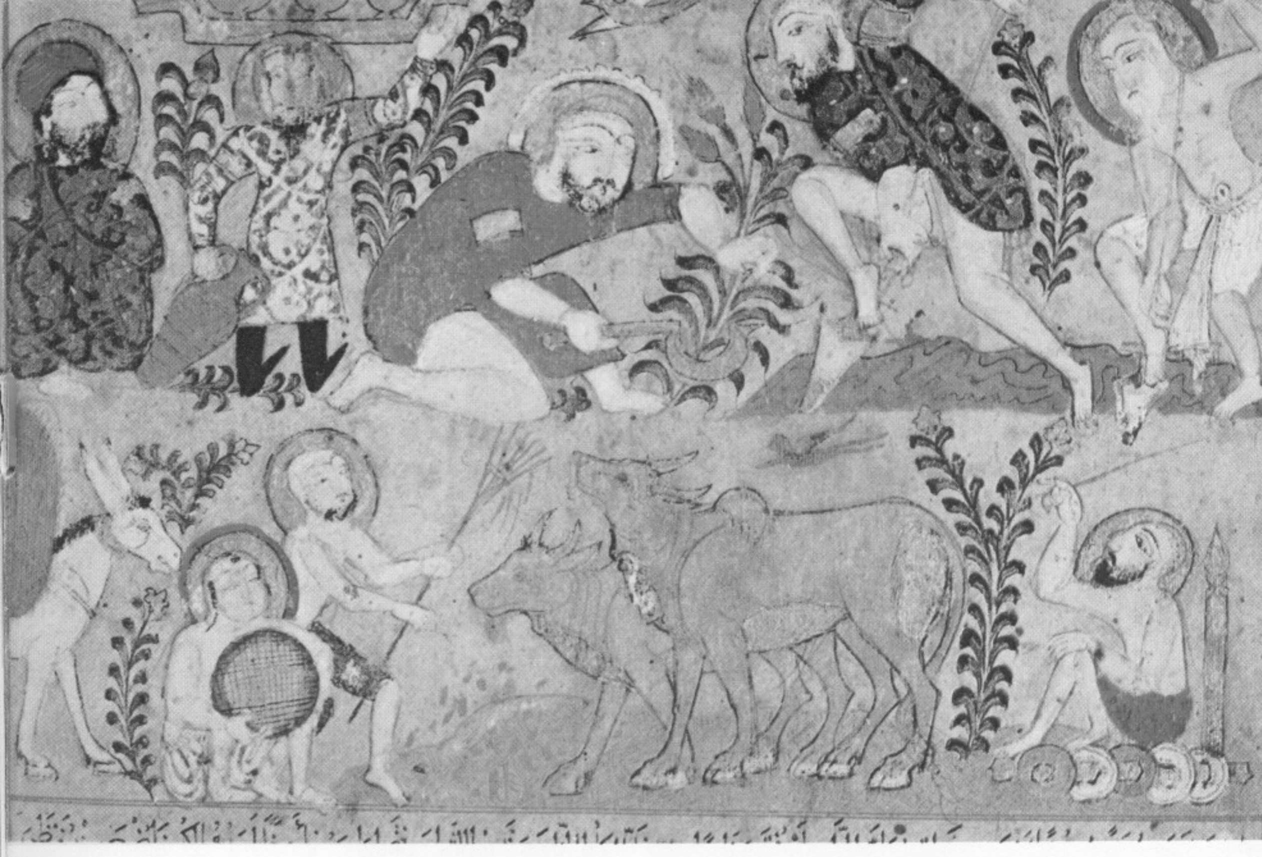

Arco lobulado de la mezquita de Córdoba


Bote de marfil para guardar perfumes realizado por Halaf en la época de al-Hakam II

pugna. Los beréberes asolan Córdoba y destruyen las dos ciudades-palacio: al-Zahra y al-Zahira. Tras el dominio intermitente de las facciones berberiscas y de las restauraciones omeyas, los propios cordobeses, cansados, destronan al último de estos califas-títeres, Hisam III, en el año 1031, y proclaman una especie de república, mientras el resto de las provincias de al-Andalus ya hacía tiempo que se habían dividido en reinos autónomos, taifas. Los omeyas habían terminado su singladura occidental.

Pero durante este último período, los veinticinco últimos años del califato omeya, la literatura andalusí fue capaz de mantener una alta tensión intelectual. Si los brillantes literatos de la Corte de Almanzor, como Ibn Said o Ibn al-Darrach, habían huido de Córdoba o habían perecido entre sus ruinas como el erudito Ibn al-Faradi, autor de una *Historia de los sabios de al-Andalus,* una nueva generación toma el relevo. Estos epígonos de la cultura del califato forman un grupo homogéneo no sólo por la edad, sino por su mismo origen social: son los hijos de los grandes funcionarios de la Corte de Almanzor, los aristócratas del antiguo régimen, que vivieron una infancia dorada en Madinat al-Zahira y recibieron una esmerada educación que les hubiese permitido ocupar los altos cargos de sus padres en un futuro que no llegó nunca. Serán, por tanto, furibundos partidarios del antiguo régimen que aspiran a restaurar y mantendrán un talante elitista y aristocrático para defenderse del mal gusto que les rodea.

Los más conspicuos representantes del grupo serán Ibn Suhayd, Ibn Hayyan e Ibn Hazm. El primero será el Lord Byron de la época, cínico, libertino y extraordinario poeta, y autor de una original obra de crítica literaria: *La epístola de los genios,* en la que simula un viaje a ultratumba acompañado de su genio inspirador —su musa en versión árabe— para conocer a los genios de los poetas clásicos, analizar su poesía y emularla, sosteniendo la revolucionaria teoría de que el poeta nace y no se hace. Ibn Hayyan será el historiador del grupo, que edita con un criterio casi moderno las obras históricas del pasado en su obra *al-Muqtabis* y relata los acontecimientos de su época en el *Matin;* Ibn Hazm, personalidad de extraordinaria talla, jurista, filósofo, historiador, poeta y pensador original y polémico, compuso durante sus años juveniles, en plena agonía del califato, tal vez la mejor obra que nos ha legado la literatura hispano-árabe: *El collar de la paloma,* tratado del amor y los amantes, teoría, y crónica, sentimental y erótica del al-Andalus omeya.



Cultivo y recolección de plantas medicinales, según el Libro de los Antídotos, *1199 (Biblioteca Nacional, París)*

Paso de la ciencia del Mundo Antiguo

Por M. V. Villuendas

Del Instituto de Historia de la Ciencia.
Real Academia de Buenas Letras de Barcelona

GEORGE Sarton, profesor que fue de la Universidad de Harvard y uno de los mejores historiadores de la ciencia, en el volumen I de su obra Introduction to the History of the Science, *dice:* La adquisición de conocimientos positivos y su sistematización es una actividad humana realmente acumulativa y progresiva. *Por ello, vamos a intentar dar, brevemente, una idea de los conocimientos que fueron acumulándose a lo largo de los años y que, después, recibieron los árabes.*

En la Antigüedad, dos países destacaron por sus adelantos científicos: Egipto y Mesopotamia. Ambos, al comienzo del tercer milenio a. de C., habían alcanzado un grado de cultura bastante elevado, que incluía el uso de la escritura y una cierta cantidad de conocimientos matemáticos, astronómicos y médicos que les permitió desarrollar un sistema de numeración muy técnico y una habilidad matemática sorprendente. Los babilonios, además, acumularon, con propósitos astrológicos, observaciones sobre Venus y compilaron catálogos de estrellas de forma que pronto estuvieron en condiciones de predecir eclipses. También es de notar que la numeración babilónica presenta caracteres que no se encuentran anteriormente: es una numeración posicional de base sexagesimal. En la numeración posicional, el valor de un signo numérico depende de su posición relativa en el seno del número escrito y simplifica enormemente las operaciones. Este sistema, similar al que hoy en día utilizamos en los relojes, deja el valor propio a las unidades de primer orden, multiplica por 60 las de segundo y por 60^2 *las de tercero y, así, suvesivamente.*

Estos conocimientos fueron sistematizados y, en el caso concreto de Egipto, tenemos información especialmente importante porque se conservan dos antiguos papiros: el de Golenishchev

en Moscú y el de Rhind en Londres y Nueva York. El primero data del siglo XIX a. de C. y el segundo del siglo VII a. de C., copia ambos de otros más antiguos. Los dos pueden ser considerados como verdaderos tratados matemáticos, si bien algo primitivos.

De la misma época que el papiro de Rhind, poseemos otro que trata de medicina. Está ordenado sistemáticamente, tal como se ha venido haciendo hasta la Edad Media, y contiene cuarenta y ocho casos clínicos, todos con el nombre del paciente, examen, diagnóstico, juicio, tratamiento y glosa.

Fenicia e Israel

Desde el tercer milenio a. de C., la región situada entre Egipto y la Alta Mesopotamia ha tenido una civilización, no desprovista de originalidad y bastante homogénea, que recibe el nombre de civilización *cananea*, nombre tomado de la Biblia que llama Canaán al país donde se instalaron los hebreos, o sea, Palestina, aunque en la misma Biblia y en otros escritos tiene mayor extensión e incluye también a Fenicia y parte de Siria.

Filósofo árabe (miniatura persa del siglo XIII, Biblioteca Nacional, París)



De Fenicia se han perdido la casi totalidad de los documentos, sólo conservamos algunos escritos sobre tablillas de arcilla, restos de relojes de sol, etcétera. A los fenicios debemos el invento del alfabeto y ellos lo transmitieron a los griegos y, a través de éstos, a todo el mundo, excepto al Extremo Oriente. Los conocimientos de matemáticas, astronomía y medicina los tomaron de sus predecesores.

Sobre la ciencia hebraica antigua, nuestra única fuente de información es la Biblia, libro religioso que no presenta escrito alguno cuyo tema sea propiamente científico, aunque sí da referencias científicas. En matemáticas, por ejemplo, encontramos dos sistemas de numeración: el decimal y el sexagesimal; el número 12 se encuentra con frecuencia: 12 tribus de Israel, 12 *panes de proposición*, 12 puertas de Jerusalén. Pero, en general, conocieron pocas matemáticas razonadas y se basaron en procedimientos empíricos.

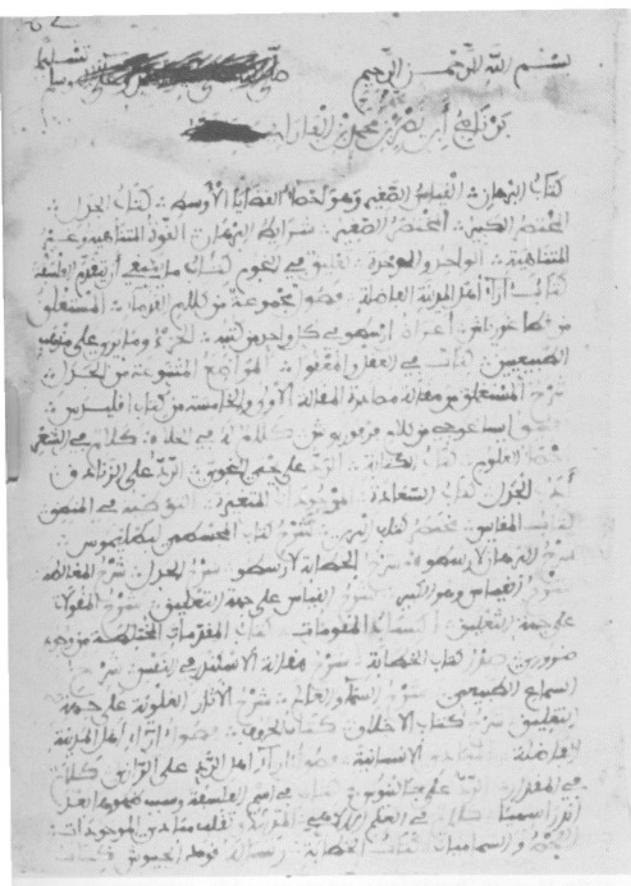
La Biblia habla de numerosas enfermedades: de ojos, lepra, pestes, etcétera. El enfermo recurría, para curarlas, a prácticas religiosas o mágicas.

La India

La historia de las ciencias de la India es una de las más copiosas que existen y que se remonta a 1500 años a. de C., pero el estudio de sus progresos se hace particularmente difícil porque carecemos de datos cronológicos fiables. Sólo son seguras las fechas cuando las citan historiadores griegos, chinos o árabes, de tal forma que es imposible saber con exactitud el nivel exacto de sus conocimientos hasta llegar al siglo V d. de C., fecha de los trabajos más antiguos que poseemos y que están recogidos en los cinco *Siddhantas*. Son éstos unos tratados teóricos sobre astronomía y matemáticas que presentan indudables influencias griegas. Sin embargo, se encuentran en ellos ideas originales, muy importantes sobre todo como aportación al estudio de la ciencia trigonométrica: el uso del seno, seno verso y coseno en vez de la cuerda, única función trigonométrica utilizada por los griegos. Estos tratados fueron sistematizados por Aryabhata, a fines del siglo V, y desarrollados más tarde, en el año 665 d. de C., por Brahmagupta.

China

Desde el siglo V. a. de C., período de los *reinos guerreros*, China ha sido uno de los pueblos más adelantados en sus conocimientos



Manuscrito atribuido al filósofo Alfarabí, traductor de Aristóteles (biblioteca del monasterio de El Escorial)



Aristóteles enseñando (según miniatura árabe, Museo Británico, Londres)

científicos. El Imperio de los Tsin y de los Han es, sin duda, más importante que el macedónico, griego o hindú contemporáneos.

Lo más interesante de la ciencia china es que casi nunca parece que fuese deductiva. Para un confuciano no hay por qué definir *a priori* los conceptos; éstos y sus términos sugieren una reacción objetiva de la que siempre se tiene un conocimiento *a posteriori*. Las relaciones, pues, son siempre recíprocas, nunca en un solo sentido. Debido a este fenómeno, en el ámbito de las matemáticas, por ejemplo, el álgebra predomina sobre la geometría; en medicina, la acción a distancia de la acupuntura y de las puntas de fuego, sobre la cirugía, y en sociología, los sabios obran con ejemplos.

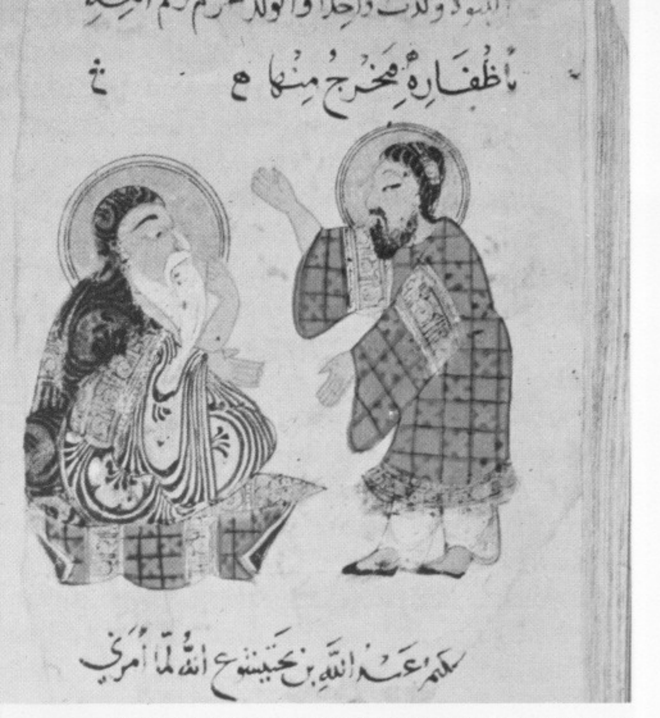
Grecia

Todos estos adelantos culminaron con lo que se ha llamado el *milagro* griego. Ahora bien, si éstos no hubieran tomado una parte de los conocimientos de Egipto y Babilonia y no hubieran conocido los adelantos orientales en materia científica, la perfección alcanzada por muchos de sus sabios sería incomprensible. Desgraciadamente, tampoco puede seguirse la transmisión completa de estos conocimientos, ya que, por citar un ejemplo, entre la edad de oro de la ciencia egipcia y la edad de oro de la ciencia griega transcurren más de mil años. Tampoco es fácil explicar las causas que les hicieron adoptar una actitud científica tan pura, desinteresada, clara y falta de prejuicios.

Sin duda, y es interesante tenerlo en cuenta, los fundamentos de esta ciencia son orientales, y es probable que no hubieran podido construir nada comparable sin esos fundamentos, pero el espíritu, que la elevó a un nivel que ha sido la admiración de todos los tiempos, fue occidental y sus triunfos constituyen el orgullo de todos los científicos.

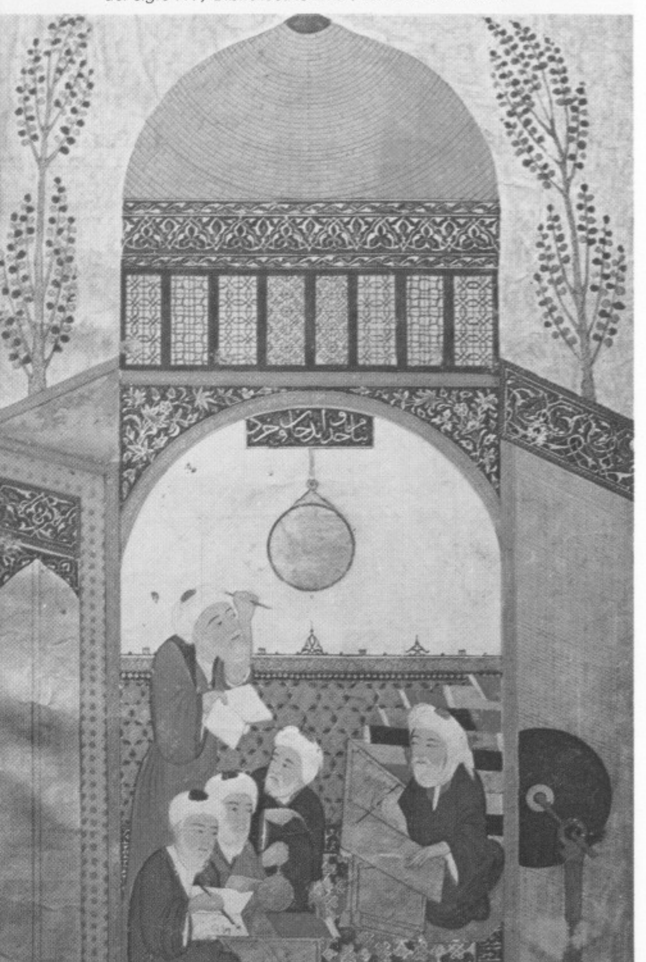
Vamos sólo a recordar el nombre de algunos de estos genios por la influencia que han tenido en generaciónes posteriores y, sobre todo, en la historia de la ciencia islámica.

Como matemáticos destacaron: Pitágoras (f. 532 a. de C.), del que no ha sobrevivido escrito alguno, por lo que es imposible distinguir sus propias teorías de las de sus discípulos. Hipócrates de Chios (f. 450-430 a. de C.), que escribió el primer libro-texto sobre geometría. Eúclides (f. 323-285 a. de C.), que sistematizó los conocimientos matemáticos de su tiempo en sus *Elementos*. Arquímedes (hacia el 287 a. de C.-212 a. de C.), que escribió numerosas obras. Diofanto (segunda mitad siglo III a. de C.), padre de una parte del álgebra.



El médico Abdallah ibn Bukhtishu, de Bagdad, siglo VIII (Museo Británico, Londres)

Estudiantes de astronomía con su maestro (manuscrito persa del siglo XV, Biblioteca Universitaria de Estambul)



Como astrónomos hay que citar a Hiparco (siglo II a. de C.), Menelao de Alejandría (siglo I d. de C.), autor de *Las Esféricas,* y Tolomeo (siglo II d. de C.), cuya gran obra, escrita en trece volúmenes, es el *Almagesto.*

Médicos mencionaremos a dos: Hipócrates y Galeno. El primero sistematizó los conocimientos empíricos acumulados y fundó la medicina inductiva. Fue el padre de la medicina, a la que disoció de la superstición. Su deontología prevalece en nuestros días. Galeno determinó el mecanismo de respiración y pulsación, la función del riñón, del cerebro, etcétera. Su mayor mérito consiste en haber sabido sintetizar y unificar la anatomía, los conocimientos médicos y la práctica.

Como historiadores hay que recordar a Herodoto, Tucídides, etcétera. En fin, la sola revisión de nombres sería inacabable. La decadencia del saber griego no se debió a la falta de inteligencia, sino a la decadencia política, moral y de costumbres que abocó en esterilidad intelectual.

Con la desmembración del Imperio romano de Occidente, poco a poco van perdiéndose las grandes obras griegas; algunos individuos aislados, como Isidoro de Sevilla, Casiodoro y Veda el Venerable muestran gran interés por ellas, aunque no logran crear verdaderas escuelas que las conserven.

En Oriente, la ciencia bizantina releva en el siglo V a la helénica, pero su vida intelectual es relativamente muy pobre.

El Islam

En el siglo VII, una singular revolución, la islámica, sacudió al mundo, y en el año 716 ésta llegó a dominar un amplio territorio que abarcaba desde la India hasta los Pirineos. El contacto con los distintos pueblos conquistados no tardó en mostrarles que éstos poseían unos conocimientos que los árabes, gente valiente, pero tosca, ignoraban. La conquista de Persia tuvo una importancia muy especial, porque les hizo conocer también una antigua civilización: la del Irán. El profeta, Mahoma, les había transmitido, modificado, el monoteísmo y la moral semitas, pero fueron los persas los que les hicieron llegar a apreciar las antiguas fuentes del saber: las escritas en sánscrito y griego. De los hindúes aprendieron la aritmética y los rudimentos del álgebra y trigonometría; de los griegos, lógica, astronomía y medicina. No tardaron mucho en comprender la inmensidad de la cultura griega e hicieron que casi la totalidad de ésta fuese traducida al árabe.

En esta empresa recibieron una ayuda inapreciable de los sirios y de otros súbditos cristianos del califato. Aunque estos cristianos eran orientales y se habían helenizado, los griegos los trataron siempre con cautela y menosprecio, lo que explica su prontitud en



Ilustración de una versión árabe de la obra de Dioscórides De materia medica *(Museo del Louvre, París)*

acudir en auxilio de sus conquistadores, que lograron también la colaboración de otro pueblo semita: los judíos.

La extensión universal de esta cultura hizo que no se presentara de modo uniforme en todas las regiones del Imperio. Los musulmanes habían entrado en contacto con toda clase de no creyentes: chinos, mongoles, hindúes, mazdeístas, sirios, griegos coptos, cristianos y judíos. Trataban a sus súbditos con relativa amabilidad y tolerancia, de forma que, bajo su patronazgo, fueron publicadas muchas obras por no musulmanes.

El Oriente musulmán hasta el siglo IX

Existía en el Imperio recién fundado una numerosa clase de sabios que supieron salvar sus diferencias y trabajar en equipo. Los conocimientos viajaron con asombrosa rapidez de un confín al otro del *Dar al-Islam* (Tierra del Islam). Esto fue debido, principalmente, a dos fenómenos: las creencias religiosas y el uso de una sola lengua, el árabe. Por la primera razón, los musulmanes pudientes tienen que cumplir con uno de los preceptos religiosos que les impone su religión: la peregrinación a La Meca por lo menos una vez en su vida. Muchas veces aprovecharon esos viajes para entrar en contacto con los estudiosos residentes en otras ciudades y aprender de ellos. En cuanto a la segunda, la lengua, pronto impusieron su uso por todo el Imperio. El empleo de un único idioma hizo posible la rápida transmisión de la ciencia antigua, pero esta lengua no estaba preparada y tuvo que ser elaborada según las necesidades. El árabe del Corán es limitado y, conforme se iba avanzando en el conocimiento de las obras antiguas, hubo que introducir nuevos tecnicismos. La tarea fue ardua, porque este idioma, que antes de Mahoma sólo tenía importancia para unas cuantas tribus, se hizo universal, y aunque en el siglo XI perdió parte de su hegemonía y paulatinamente se fragmentó en un cierto número de formas dialectales —así como el latín se desintegró en diferentes lenguas romances—, presenta sobre éste una diferencia fundamental: que hasta nuestros días todo musulmán culto tiene que poseer algún conocimiento del árabe clásico para poder leer el Corán, cuya traducción no está permitida en las plegarias. Además, la lengua escrita, por ejemplo, la de los periódicos, sigue aproximándose a los patrones clásicos porque sólo existe un paradigma por excelencia, el del Corán.

Desde finales del siglo VII existió en el mundo musulmán una ola de entusiasmo por la adquisición de conocimientos y por la investigación y empezaron a hacerse las primeras traducciones, todavía sin método. Al principio se basaron en traducciones siríacas del siglo III-VII, sobre todo de Aristóteles, autor que

La figura de Averroes Ibn Rusd ejemplifica de la forma más expresiva el alto nivel alcanzado por la cultura musulmana sobre suelo peninsular. De ahí que se haya convertido en un verdadero arquetipo de aquella civilización que, existente durante más de siete siglos, habría de alcanzar en el período Omeya sus más brillantes manifestaciones.

Averroes nace en la ciudad de Córdoba en el año 1126; siguiendo la tradición familiar realiza estudios jurídicos, pero muy pronto su campo de interés se abriría al cultivo de una amplia variedad de disciplinas en las que alcanzaría niveles de especial relevancia. Médico, matemático y político, Averroes destacará para la posteridad sobre todo como filósofo.



Averroes

Perfecto conocedor de la obra de Aristóteles, Averroes conseguirá elaborar una filosofía propia, llevando a efecto lo intentado infructuosamente por algunos de sus más destacados antecesores, sobre todo Avicena. Reflexiona en profundidad el cordobés acerca de la obra del *Estagirita* y trata de adaptar sus bases teóricas a la realidad islámica de la que forma parte. Esto hace que la mayor parte de su producción esté dedicada al tratamiento de cuestiones filosóficas planteadas por Aristóteles, así, las tituladas *Comentarios a Aristóteles*.

Además, elaboró otras obras de índole original, *Destrucción de la «Destrucción de la filosofía» de Algacel*, *Doctrina decisiva y fundamento de la concordancia entre la revelación y la Ciencia* y *Exposición de los caminos que conducen a la demostración de los artículos de fe.* A ellas debe añadirse un tratado de medicina titulado *Generalidades,* que posteriormente sería traducido al latín para ser utilizado como libro de texto.

La filosofía de Averroes tendría una amplia repercusión durante la baja Edad Media e incluso hasta el Renacimiento. Sus ideas acerca de la revelación, que no considera incompatible con la filosofía servirían para basar una teoría denominada de la *doble verdad*. Según ésta, sería posible que las verdades filosóficas no hallasen coincidencia con las verdades reveladas, Sería en gran medida esta idea la que impulsase a la Iglesia en siglos posteriores a emitir repetidas condenas de la misma, sostenida por discípulos eminentes, de entre los que destaca el pensador Marsilio de Padua.

La verdad filosófica oficial a partir del primer Medievo, basada en las concepciones cristianas más estrictas, en ningún momento vería con buenos ojos esta presencia que de forma evidente manifiesta su validez. Tras haber abandonado su país natal, Averroes murió en Marruecos en el año 1198.

los sirios habían considerado compatible con el cristianismo. También se interesaron por la alquimia, ciencia de la que deseaban conocer sus secretos; de ella se hicieron traducciones del copto dirigidas por Jalid b. Yazid, príncipe omeya muerto en el año 708.

En el siglo VIII se tradujeron, del pahleví (persa medio), las doctrinas de las conjunciones; y un cierto número de obras filosóficas y médicas, en menor número, del griego. Estas, unidas a otros tratados médicos indios y pahlevís, fueron la información básica que poseyeron los médicos del antiguo hospital-escuela de Yundisapur. En éste empezó la tradición de examinar a los alumnos antes de dejarles ejercer la medicina.

A partir del 750, con el advenimiento de la dinastía abbasi y la pacificación del Imperio, se inicia el período de auténtico florecimiento de la nueva cultura. Ya no reinan los omeyas en Oriente, pero sí en Occidente, a donde logra escapar el único superviviente omeya. En Córdoba, como veremos, son recogidas todas las novedades orientales. Por esta influencia, vamos a dar una pequeña información de la actividad de los primeros califas abbasíes.

En astronomía, al-Fazari (m.c. 806), por orden del califa al-Mansur, que había recibido

una embajada de sabios indios, traduce los *Siddhantas*, en árabe *Sindhind*, y construye los primeros astrolabios. Al final de la vida de este califa, los musulmanes podían leer, además del *Sindhind*, el *Kalila wa-Dimna*, traducido del pahleví; el *Organón*, de Aristóteles; el *Almagesto*, de Tolomeo, y la *Aritmética*, de Nicomaco.

El califa al-Mamun (m. 832) funda en Bagdad *La Casa de la Sabiduría*, organización de sabios dedicados a traducir y estudiar las obras de sus predecesores. Las traducciones, alentadas y pagadas por la Corte, se hacen de forma más científica. El propio califa envió dos embajadas a Bizancio para comprar manuscritos. En la primera, recibió obras de Platón, Aristóteles, Eúclides, etcétera. En la segunda, envió al propio jefe de *La Casa de la Sabiduría* para que seleccionase las que él considerase de más importancia, condición a la que, no sin resistencia, accedió el emperador bizantino. Estos fundadores de *La Casa de la Sabiduría* realizaron dos trabajos dignos de ser mencionados: La redacción de unas Tablas astronómicas, las *Tabulae Probatae* de los latinos, y la medida del grado del meridiano, que conoció Colón. Entre los científicos más importantes de esta época está al-Jwarizmi (m.c. 846), que introdujo la numeración de posición, el álgebra y los cálculos astronómicos. Su infuencia en las generaciones posteriores fue enorme.

El ejemplo de los califas fue seguido por muchas familias cuyos miembros unas veces eran traductores y autores y otras daban trabajo a terceros. Así, tenemos a la familia Nawjat, que fueron astrólogos; a los Banu Musa, astrónomos que tradujeron numerosas obras y que emplearon a otro traductor famoso: Tebit b. Qurra, que conocía bien el griego y el siríaco e hizo un importante estudio sobre *Las Esféricas* de Menelao. El médico Hunayn b. Ishaq, empleado por los Banu Musa para traducir tratados médicos, etcétera.

El Occidente musulmán

El príncipe omeya Abd al-Rahman I, huido de Damasco, fundó en el 756 el emirato de Córdoba y fue el primer introductor en al-Andalus de algunos conocimientos de la ciencia de Oriente; pero sólo después de la subida al poder de Abd al-Rahman II (822-852) aparecen los primeros sabios andaluces. Estos aprovechan los viajes de peregrinación a La Meca y pasan algunos años en Oriente para obtener la licencia que les autorizaba a enseñar. Su dependencia intelectual es grande y pronto conocen la numeración de posición y el libro en que al-Jwarizmi explica el modo de operar con dicho sistema; la doctrina de las conjunciones de los planetas y la *Materia Médica*, de Dioscórides. Al-Harrani fue uno de los primeros médicos musulmanes que ejercieron en la Península, donde los estudios de medicina eran serios, se habían introducido los exámenes y los estudiantes terminaban casi a los veinticinco años su *licenciatura*. En el año 929, los emires de Córdoba se proclaman califas. Apoyados por éstos, sobre todo por al-Hakam II (961-976), que envió emisarios a buscar manuscritos por todas partes, al precio que fuese, los estudiosos, cada vez con mayores posibilidades, empiezan a discutir, opinar e incluso discrepar de sus maestros. Poseían obras de filosofía, medicina, astronomía, aritmética, geometría, música, alquimia, etcétera, y las estudiaban cuidadosamente.

El hombre de ciencia más importante de este período es Maslama de Madrid (m. 1007), cuya residencia habitual fue Córdoba. Conoció el *Almagesto*, escribió un tratado sobre el astrolabio y una recensión de las Tablas de Jwarizmi, adaptándolas al meridiano de Córdoba. También supo crear una escuela de sabios importantes, quienes, una vez caído el califato, se refugiaron en distintos reinos de Taifas, en donde continuaron sus investigaciones.

Podemos decir, para terminar, que este primer período islámico es un tiempo de estudio de antiguas obras científicas, no exento de trabajos originales. Pero hay que destacar que los árabes hicieron algo más que recibir la ciencia antigua: despertar de nuevo el gusto por ella, cultivarla, transmitirla y ejercer su espíritu crítico confrontando los conceptos recibidos con su propia experiencia.

Bibliografía

Arié, R., *La España musulmana, siglos VIII-XV*, Barcelona, Labor, 1982. Barkai, R., *Cristianos y musulmanes en la España medieval*, Madrid, Rialp, 1984. Bosch, Vilá, J., *Los Omeyas de Al-Andalus*, Barcelona, Salvat, 1981. Bozal, V., *Historia del arte en España*, volumen I, Madrid, Istmo, 1978. Burkhardt, T., *La civilización hispanoárabe*, Madrid, Alianza, 1982. Cahen, C., *El Islam, desde los orígenes hasta el comienzo del Imperio Otomano*, Madrid, Siglo XXI, 1973. Chejne, A. G., *Historia de la España musulmana*, Madrid, Cátedra, 1980. Gabrieli, F., *Mahoma y las conquistas del Islam*, Madrid, Guadarrama, 1968. Gabrieli, G., *Consideraciones sobre el califato omeya de Oriente*, en *Al-Andalus*, n.º 39, Sevilla, 1974. Garraty, J. A., y Gay, P., *El mundo medieval*, Barcelona, Bruguera, 1981. Guichard, P., *Al-Andalus. Estructura antropológica de una sociedad islámica en Occidente*, Barcelona, Barral, 1976. Lewis, B., *Los árabes en la historia*, Madrid, Espasa-Calpe, 1956. Mantran, R., *La expansión musulmana, siglos VII-XI*, Barcelona, Labor, 1980. Watt, M., *Historia de la España islámica*, Madrid, Alianza, 1981.